

AUTOBIOGRAFIA
CONOCIMIENTOS Y RECUERDOS
SOBRE
EL ARTE DE LA ENCUADERNACION


JUSTIFICACION DE TIRADA

DE ESTA EDICION DE LA *•AUTOBIOGRAFIA, CONOCIMIENTOS Y RECUERDOS SOBRE EL ARTE DE LA ENCUADERNACION•* DE ANTOLIN PALOMINO OLALLA, SE HAN IMPRESO LOS SIGUIENTES EJEMPLARES:

27 EJEMPLARES CON LAS LETRAS DEL ABECEDARIO

73 EJEMPLARES NUMERADOS DEL XXVIII AL C

1.650 EJEMPLARES NUMERADOS DEL 101 AL 1.750

Ejemplar número 

I. S. B. N.: 84-505-5087-4

Depósito legal: M. 3.960-1987 — Imprenta Artesanal del Ayuntamiento de Madrid

"POR MODESTIA, EN PEREGRINO
RAYA ESTE ARTISTA GENIAL
QUE, SIENDO UN AGUILA REAL,
SE APELLIDA PALOMINO."



Palomino, hombre vehemente, apasionado, honesto, austero, castellano viejo, hace descripciones de su buen hacer cargadas de tanto amor y sensibilidad, que adquieren para el lector un profundo sentido lírico: «El libro se encuaderna por sublimar su contenido.»

Su arte, adquirido tras tantos lustros de labor, recupera la mejor tradición de los Sancha, Ibarra, Monfort, Ginesta y tantos otros que encumbraron la encuadernación española. Los amantes de las bellas encuadernaciones, a pesar de la premonición de nuestro artista, continuarán existiendo mientras subsista la inclinación sublime hacia lo bello y la humana pasión por la hermosura.

El fino genio castellano de Antolín Palomino, como el del viejo hidalgo manchego, raya en ocasiones la quimera, por eso puede desbordar a borbotones su fantasía multicolor en los papeles de guardas y en los mosaicos bellísimos de sus encuadernaciones.

Libros valiosos por su propia impresión, salen, tras pasar por sus manos y su inteligencia —Palomino lleva entre sus dedos sensibilidades viscerales y chispas cerebrales en maravillosa conjunción— revestidos de galas armoniosas, ungidos en la noble piel y el oro.

Desde 1981 Antolín Palomino, con su hermoso taller, trabaja por vocación en la Imprenta Artesanal de nuestra Villa.

El Ayuntamiento de Madrid tiene un tesoro.

Madrid, 15 de julio de 1986.

ENRIQUE MORAL SANDOVAL.

Teniente de Alcalde del Area de Cultura
del Ayuntamiento de Madrid.

DEDICATORIA

A

EMILIO BRUGALLA TURMO

EMILIO MERCIER

LEON GRUEL

Los tres grandes artistas de mi trilogía sentimental, que tienen en mi pensamiento

«MEDALLA DE HONOR»

Con la admiración hacia ellos, por su obra y la pena de no haberles podido igualar.

A todos los maestros y aprendices, que sienten en su espíritu el amor a la encuadernación, sublimada hoy sobre las épocas pasadas...

ANTOLIN PALOMINO OLALLA.

AUTOBIOGRAFIA

Aunque la vida de los pobres es tan milagrosa como la subsistencia de los pájaros, voy a escribir con toda veracidad algo de ella, para que así quede constancia de mi paso por la tierra de los vivos.

Nací en un pueblecito de Castilla la Vieja llamado Fuentenebro, que pertenece al partido judicial de Aranda de Duero (Burgos), el día 2 de septiembre de 1909.

Mis padres fueron Calixto Palomino Adrados y María Olalla Vallejo.

Mi padre fue cordelero y mi madre, en la tarazana, le ayudaba en su labor. Mi padre, en su profesión, era conocido en casi toda la provincia como el mejor soguero o cordelero.

Con frecuencia se desplazaba con su labor a los mercados de **Aranda** de Duero, de Medina del Campo y de Valladolid.

Sus sogas hechas con el cáñamo más limpio, bien ferreteadas y pulidas, decían que eran una admiración.

Yo recuerdo a mis tres años y medio, cuando mi padre me ponía a la cintura la madeja de cáñamo dispuesta ya para hilar. Era un enamorado de su oficio y cuando más alegre estaba era cuando compraba grandes cantidades de cáñamo. Esto, naturalmente, cuando fui mayor me lo contaba mi madre.

Un día, cuando regresaba de vender su trabajado género de Valladolid, fue asaltado en la carretera. Tres eran los ladrones, los cuales, al no dar con el dinero, tiraron a mi padre a una acequia.

No dieron con el dinero por llevarlo escondido en una gorra de visera de felpa, de las que comúnmente se usaban en Castilla. Salvó su dinero, porque al golpearle, lo primero que cayó al suelo fue la gorra, que quedó abandonada.

Llegó a casa y a mí, que era el único hijo varón, me traía de Valladolid una navajita pequeña en forma de zapato, con las cachas nacaradas, que días después, cuando me calentaba en el brasero, se me cayó y aquella preciosidad para mis ojos infantiles quedó en el acto reducida a su esqueleto.

Mi padre, lo recuerdo, era el vivo retrato de Jorge Negrete, pero más alto. Recuerdo sus caricias y mimos, como si fuera hoy. Las botas más bonitas, los caprichos más insospechados eran para mí. Murió cuando tenía yo cuatro años y él treinta y seis. Dios le tenga en su Gloria.

Por si fuera poco aquel paraíso, cuatro mujeres me daban continuamente sus caricias: mi madre y mis hermanas Aurelia, Plácida y Antonina. Todas mayores que yo.

Mi padre, de resultas de la mojadura, cogió una pulmonía que degeneró en una tisis y otras complicaciones más. Estuvo tres años en cama y mi pobre madre iba vendiendo todo. Su enfermedad acabó con la última madeja de cáñamo. Quedamos en la más completa indigencia.

Cuando yo tenía cinco años me tiró al pilón del pueblo un mozo a quien llamaban Jenarón. Llegué a casa medio ahogado y estuve dos meses en cama, hasta que me dieron por muerto. Me colocaron en una cajita blanca, amortajado. Al ir a cerrar la caja para trasladarme al cementerio, alguien advirtió algún movimiento, lo que impidió que me enterraran, con el consiguiente alboroto de la gente del pueblo.

Mis hermanas, por influencia de una amistad, ingresaron en el convento de monjas de Servicio Doméstico, en Madrid, que



Antolín Palomino con su madre.

todavía sigue en la calle de Fuencarral, 113, donde la Superiora, la Madre Margarita, tenía tanta influencia como Sor Patrocinio en tiempos de la simpática, y amargada después con su destronamiento, Doña Isabel II.

El problema era yo solo. Me recogió un tío con más bondad que dinero. Se llamaba Ambrosio y tenía en Fuentenebro una casita con un pequeño corral, pero sin gallinas. Yo me quedaba solo, sentado con las manos siempre como en el soberbio grabado de Durero *La Melancolía*, apoyadas mis manos sobre mis carrillos. ¡Qué tristeza!

Allá, al atardecer, venía mi tío Ambrosio de pedir por los pueblos, con el talante alegre o triste, según se hubiera dado el día.

Conmigo extremaba sus caricias siempre. Comíamos lo que traía y siempre me daba algún trozo de lápiz, que sabía que me gustaban mucho, así como algún cuento de Calleja, ya sobado; pero cuyas páginas pasaba yo con deleite, cientos y cientos de veces.

En esa amargura llegué a los seis años. Mi tío, en una cartilla con cubiertas verdes, me había enseñado a leer. Aquello se iba dulcificando un poco.

Mi madre estaba sirviendo en La Aguilera con don Antonio Cayuela, que era uno de los más ricos de ese pueblo y cuando podía venía a verme. Yo lloraba a la llegada y cuando se iba. La pobre traía lo que podía y así íbamos tirando.

Pasado el tiempo y yo cansado de aquella vida, me escondí en un carro de los vecinos de Fuentenebro y llegué a Aranda de Duero en sábado, día de feria. Allí busqué a mi madre, derrotado. La encontré con su amo. Mi reacción fue llorar, que es el arma de los desgraciados, con lo cual conmoví al amo don Antonio Cayuela. Me llevaron a comer con ellos en el «Rolis» besugo escabechado y cordero asado. Luego me compraron una ropilla barata: unos pantalones, calcetines y alpargatas blancas. Mi madre dice: «Vamos

a hacernos una fotografía.» Yo me niego. Entonces el amo dice, para contentarme: «Mira, te dejo mi cadena de oro y mi reloj.» Aquello era mi sueño y me hice la foto con mi madre y un geranio que era lo preceptivo entonces en el meollo profesional de los fotógrafos. Pero ¡oh, dolor! La tarde caía y mi madre y su señor tenían que marchar a La Aguilera. Eran tiempos de miseria —sería el año 1916—. Encontrar un pupilaje en Aranda era como ver una colilla en la calle. Me buscaron una patrona que su hijo se llamaba Luciano, estaba de dependiente en una tienda de ultramarinos, ella era viuda, pero con algunos posibles.

Quedó mi madre en venir a Aranda el jueves para hablar con su señor al padre Jenáriz, Superior del convento de los Hijos del Corazón de María. Y, efectivamente, su señor, don Antonio Cayuela, lo arregló de forma que el padre Jenáriz me admitió como alumno.

Ya tenía, pues, resuelta mi vida de pensión y de enseñanza. ¡Aquéllo era para mí Jauja!

En el Colegio de los Misioneros del Corazón de María, de Aranda, fui haciendo amigos, como los Villacieros, los Tudanca, los Romeras y otros. Me invitaban a sus fincas y comíamos fruta hasta reventar.

Mi madre consiguió que su señor me dejara pasar dos o tres días en La Aguilera y después, con más pena, volvía a Aranda, acordándome de los chorizos en aceite que me daban en casa del señor de La Aguilera. Yo algunas veces pienso que hasta aquel señor me llegó a querer algo, pues incluso a veces me acarició y me dio algún beso.

Iba pasando el tiempo. Ya tenía siete años y meses. El padre Jenáriz dijo que tenía que hacer la primera comunión. Fue todo de prisa, pues en el convento de los Hijos del Corazón de María, de Aranda, estaba mal visto ser alumno sin haber hecho la primera

comunión. Mi patrona, que ya me tenía como hijo, me improvisó rápidamente el atuendo de mi primera comunión. De un guardapolvos de tendero de su hijo, color hueso, me resolvió, con su cariño, mi «disfraz».

Todos los niños que hacían conmigo la primera comunión iban con trajes de lujo. Yo me sentía humillado, pero aquellas familias de mis amigos se volcaron en obsequios para mí. Indudablemente, por lástima. La lástima a mí mismo la llevaba yo en mi corazón.

Andando el tiempo, comentaba yo con mi mujer lo que había sido mi primera comunión y ella me dijo: «Nuestro destino fue parejo. Yo perdí a mi madre a los cuatro años, como tú a tu padre. Me atendía una tía, en Gordejuela. No tenía ropa apropiada y una señora me dio una bata blanca de su hija y un libro bastante maltratado. ¡Pero, fíjate! Me pusieron en la cabeza ¡una mantilla negra!

Así que Pilar Marroquín Novales, mi mujer, hizo su primera comunión en las mismas condiciones humillantes que su marido Antolín Palomino Olalla. La similitud de nuestras vidas fue la misma. Y es que contra el destino es inútil luchar.

Don Antonio Cayuela era treinta años mayor que mi madre, pero muy distinguido y de una educación irreprochable. En algunas vacaciones que pasaba yo con ellos, con cierta tolerancia, vi que mi madre tenía el pan bajo el brazo y que en aquella casa se hacía lo que ella quería.

Así tiré dos años y medio de mediana felicidad, hasta que, fatalmente, amo y criada decidieron alejarme de Aranda y de ellos. Planearon que fuera Hijo del Corazón de María, y con el padre Jenáriz decidieron que ingresara como postulante en Alagón, muy cerca de Zaragoza. Yo, infeliz, con callar y llorar terminaba y adivinaba mi sombrío porvenir; pero no podía rebelarme por saber de antemano que el mal podía ser mayor.

Me subieron al tren en Aranda de Duero, en tercera clase,

y todo mi equipaje era una caja de cartón grande, con tortilla de bonito en escabeche y algo de queso de la Granja «La Ventosilla», de los Velasco.

Me recomendaron a unas señoras que iban a Zaragoza, las cuales me dieron muchos besos y recomendaciones, con zalamerías que a mí, en mi interior, me cargaban.

Aranda, Ariza, Zaragoza y Alagón fue mi ruta y mi destino. No pude comer nada en el viaje, pues para mí aquello era un abandono. Y aquella dichosa monserga de las madres en la despedida: «¡Hijo, que seas bueno!» interiormente me irritaba. Yo me decía: ¿Pero qué otra cosa puedo ser, sino bueno?

Las señoras me acariciaban y me ofrecían su comida, con zalamerías de «guapo, no llores...».

Yo, compungido con el recuerdo de los amigos que dejaba en Aranda, con lo arbitrario de mi viaje y con la incertidumbre de mi nuevo acomodo, lloraba y lloraba sin ningún consuelo para mí. En algunos momentos pensé quitarme la vida, arrojándome desde el tren. Pero llegué, por fin, a mi destino, que era Alagón. En la estación me esperaba un hermano lego con una tartana y un caballo muy bonito que tiraba de ella. Se dirigió a mí el hermano lego y me dijo: «¡Niño!», ¿te llamas Antolín Palomino? Sí, le dije. «Pues sube aquí conmigo, guapo.»

Durante el camino, como unos tres kilómetros, me iba señalando lo notable de Alagón. A mí, lo recuerdo, lo que más me llamaba la atención era ver tanta chimenea y todas tan altas. La explicación era que había muchas fábricas de azúcar que constituía y que aún constituye la riqueza remolachera de ese pueblo.

Llegamos al Postulantado y Noviciado de los Hijos del Corazón de María. El hermano lego me pasó al despacho del Prefecto, que era el reverendo Padre Francisco Piñol, C.M.F. Era catalán. «¡Ya estáis aquí!», me dijo. Me dio una palmadita en la mejilla

y me acompañó hasta una dependencia en cuya puerta se leía: «Sastrería.» Allí otro hermano me probó ropa y me vistió con mi nuevo atuendo: pantalón negro de pana, una blusa de satén negra con un cinturón de la misma tela, un cuello blanco de brillo y unas botas con botones a los lados que con una horquilla de las que usan las mujeres para el pelo me las abotonaba. «¡Quédate con ella!, pues te hará falta», me dijo el hermano lego.

Seguidamente me llevaron a otra habitación muy lujosa y otro hermano me puso al lado de una mesa muy adornada sobre la que permanecía colocada una imagen del Corazón de María, no muy grande. Me tomó una mano que apoyó en la mesa y la otra mano en la parte del vientre, cogiéndome a desgaire con el dedo pulgar el cinturón. Cuando estuve de esta guisa me dijo: «¡Mírame a mí sonriendo un poco!» Yo tenía pocas ganas de sonreír, pero lo hice para seguir representando aquella comedia. Entonces torció mi cara un poco y ¡zas!... me había immortalizado para el Archivo del Postulantado y para mandar a mi madre una copia de la fotografía del futuro Misionero del Corazón de María, cuya obra había sido fundada por el Venerable Padre Antonio María Claret, Arzobispo de Cuba, etc., hoy ya San Antonio María Claret.

Cuando llevaba unas tres horas en aquel edificio, lleno de corredores y pasillos, me destinaron mi cama, que estaba en hilera, separada con grandes cortinas de retor blanco, como de hospital. Bajé a la clase: «Este es tu pupitre», me dijeron, al tiempo que cogían una clavija donde ponía «Señor Palomino». Me pusieron en el tablero de ternas, el último. Leí y lo recuerdo como si fuera hoy: «Señor Fanlo, señor Martínez y señor Palomino.»

Ya había cumplido todos los requisitos de ingreso en mi nueva vida. El Prefecto, Padre Francisco Piñol, me llevó al Refectorio y me entregó mi servilleta, un vaso y los cubiertos, señalándome en el armario mi número. Sin presentarme a los viejos postulantes me señaló mi puesto en la mesa.

El Prefecto era delgado, como de cuarenta años y se sentaba con un Coadjutor, de nacionalidad alemana, muy alto y rubio, que atraía su fisonomía al afecto y a la confianza. Su sitio era en el Refectorio la cabecera del centro, en una mesa amplia. Se rezaba algo antes de comer, y desde un púlpito, el postulante de turno leía la vida de algún Santo. Naturalmente, no podíamos hablar, sino en los recreos, donde se jugaba a la pelota y al marro.

En el Refectorio me sentía tan extraño y tan triste que aquella nueva vida para mí representaba un tétrico patíbulo. No comí nada, lo cual para el Prefecto ya representaba, en su concepto de rigidez, una falta de obediencia. Me miraba desde su mesa, con una mirada negra de lobo, que con sus lentes blancos, ribeteados de un cerco plateado, hacían de su semblante un airado desdén a mi llanto. ¡Era un Torquemada despiadado!

Pasé en el Noviciado de Postulante unos tres años, con la enseñanza del latín, que llegué hasta los pretéritos y supinos, así como Música, Artes, Geografía y Gramática. Me formaron con una pequeña cultura que yo, por la situación lóbrega, quizá desaproveché.

Disfrutaba algo más en los paseos que hacíamos los jueves y domingos, siempre formados en ternas, más de cien muchachos. Los naturales del pueblo, al salir de paseo a las riberas del Ebro o a la Virgen de la Ola, no nos miraban bien y a veces oí llamarnos cucarachas o cuervos. Alagón era un pueblo cerrado y de muy poca simpatía hacia los Hijos del Corazón de María del Padre Claret, al menos en aquellos tiempos.

Los que hayan leído *A. M. D. G.*, de Ramón Pérez de Ayala, comprenderán que el Noviciado de Alagón y lo que el novelista asturiano relata van muy parejos.

Un buen día me lleva a su despacho el Prefecto Padre Francisco Piñol, y me dice: «Señor Palomino: he escrito a su madre diciéndola que venga por usted. Las razones son que usted es un

disipado y que no vale para Misionero del Corazón de María, por lo cual creo que lo mejor es dejarlo.»

Yo callaba. En mi interior sentía una satisfacción enorme, pero la disimulaba. Tenía ganas de perder la mirada dura e impenetrable de aquel cuervo. Lo malo fue que mi madre no venía a buscarme. Esto le contrarió al Prefecto; pero al cabo del tiempo mi madre mandó el dinero para mi viaje.

La juventud de hoy no podrá nunca suponer el valor de cinco pesetas de aquellos tiempos mezquinos.

Lo que sí recuerdo es que mi despido del convento de Alagón ocurrió pocos días después del asesinato del Arzobispo de Zaragoza, Soldevilla y Romero, un viejecito lleno de bondad. Iba con frecuencia a Alagón, como visita pastoral, y cuando llegaba los diáconos y subdiáconos, que también tenían allí su formación como Hijos del Corazón de María, organizaban veladas de canto y representaciones de alguna obra de teatro mística. Yo disfrutaba mucho cuando iba el señor Arzobispo de Zaragoza, pues nos llevaba kilos de caramelos y oía aquellas voces que cantaban el *Parsifal*, así como sardanas preciosas, entonadas a varias voces por un orfeón maravilloso. Allí oí tocar al célebre organista Padre José Luis Irruriaga, que años más tarde dio un concierto sacro en el Teatro de la Zarzuela de Madrid.

Ya dispuesta por el padre Prefecto mi marcha, me vistieron otra vez de seglar. Recuerdo que en esto salí ganando, pues me dieron un traje muy bonito, seguramente de algún postulante bien acomodado que habría ingresado tiempo atrás. Lo que más me gustó fue una bufanda blanca de lana, muy grande. El hermano lego me montó otra vez en la misma tartana que me recogió a mi llegada y me llevó a la estación:

... ¡Hijo!, me dijo, ¿qué te ha pasado?

Yo, tristón, le dije:

Que me ha dicho el Padre Francisco Piñol que no valgo para Hijo del Corazón de María, porque no tengo vocación y soy disipado.

Me colocó sobre las rodillas una manta pequeña y me senté a su lado. Todo el viaje fue en silencio. Llegamos a la estación de Alagón, me dio mi billete y me acomodó en mi asiento, recomendando a varios viajeros mi tutela. Con algunas lágrimas en sus ojos, me dio un beso en la mejilla y sacando un portamonedas cochambroso me dijo:

—Toma. Y me dio cuatro pesetas, que fue el dinero que más me duró en mi vida y el que más he agradecido siempre. Luego me abrazó y me dijo: «¡Suerte!, ¡escribeme!»

Yo, en mi interior, iba contento, pues estaba harto de tanta humillación y de tantas vejaciones que había que aguantar en aquel Postulado de Alagón. Mi único temor era cómo me recibirían en Aranda mi madre y su amo.

Llegué a Aranda y en la estación mi madre me dio una gran bronca con los consabidos besuqueos. Su señor también me besó y me dijo: «¡Hijo, no te preocupes. Te vienes con nosotros a La Aguilera, pues si no valías para fraile, valdrás para otra cosa!» Ya tenía yo diez años.

En La Aguilera pasé un año largo y aprendí a jugar a las cartas con el amo de mi madre. Tenía una habitación de príncipe y comía fantásticamente. Pasado el año y pico feliz, habían escrito a la Superiora del Servicio Doméstico de Madrid, a la Madre Margarita, por la amistad que le unía con doña María Codorníu de la Cierva, que era Presidenta del Patronato del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón. Llegué a Madrid y fui derecho a Claudio Coello, 100, donde estaba el Asilo, fundado por doña Ernestina

Manuel de Villena y edificado gratis por el Marqués de Cubas, ayudado por nobles y por el propio Rey Don Alfonso XII.

El ingreso lo hice un día de Carnaval. El director era el hermano Filoteo, muy seco y picado de viruelas. Me examinó con cuatro preguntas; pero la que me hizo de matemáticas no debí contestarla a su satisfacción y me puso en la tercera clase. Efectivamente, las matemáticas nunca fueron mi fuerte, ni lo son, pero para el dinero que pasa por mi mano, a mi entender, sé lo preciso.

A los trece años, como era preceptivo, pasé a los talleres que tenía dicho Patronato. Había entonces los talleres que regían los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Imprenta, Litografía, Encuadernación y Zapatería.

Yo elegí encuadernación por creer que era hacer cajas de cartón. En seguida vi mi equivocación.

Los oficiales y maestros eran personas contratadas de la calle. En los talleres, el primer año no se cobraba nada, pues teníamos una cartilla donde fielmente se anotaban nuestros «sueldos».

El primer año, nada; el segundo, diez céntimos diarios y el tercero, quince. En los sucesivos años, veinticinco céntimos, más unas primas, según el rendimiento y comportamiento.

Aun así, al cumplir los dieciocho años, en que terminaba mi estancia en las Escuelas Cristianas, yo había sacado 850 pesetas. Mandé venir a mi madre del pueblo y alquilamos una casa muy bonita en la calle de Cartagena, 128, piso quinto interior, pagando 60 pesetas al mes. Pusimos todos los muebles nuevos y todavía sobró dinero de las 850 pesetas que saqué del Asilo.

A los pocos días de mi salida me coloqué en casa de un alemán, Blass, S. A.

Don José Blass era un hombre bueno y gran artista. Le había traído don Torcuato Luca de Tena de Alemania para hacer el color

de la revista *Blanco y Negro*. Me pagaba en el año 1929 13 pesetas diarias. Más tarde me puso 15. Además, don José Blass, algunas veces, me daba gratificaciones, pues decía que yo era un gran artista.

Pasados tres años me llamaron del Asilo de Huérfanos para trabajar en el primer puesto y ejercer la enseñanza, pues cada quince días pasaban por mi mostrador dos alumnos. Me pagaban con largueza y muy a menudo me daban gratificaciones de 500 pesetas. Yo trabajaba mucho, pero lo hacía con gusto y creía que lo agradecían.

Llegó la guerra civil y muchos de los que yo había enseñado y llevado el postre de mi casa, me denunciaron a los partidos más extremos, y salvé la vida de verdadero milagro. Jamás daré en España ninguna enseñanza, ya que no puedo seguir dando lo que a mí no me dieron. Yo he sido un autodidacta y no puede presumir nadie de haberme enseñado nada. Eso es, a mi entender, mi mayor orgullo y la más alta condecoración que me doy yo a mí mismo.

En la guerra entré en el Ministerio de la Guerra. Allí fui bien tratado. Restauraba mapas y documentos y hacía encuadernaciones. Don Pío Suárez-Inclán fue quien me introdujo en el Ministerio. A su gestión debo la vida, pues a mi quinta le tocó ir al frente del Ebro.

En el Ministerio estaba adscrito a la «Sección de Planos», donde había bastantes libros de mapas y planos que yo restauraba y además atendía el despacho de las hojas del mapa de España para el servicio de los frentes de guerra. Terminaba mi trabajo a las dos de la tarde. Aprovechando mi tiempo libre hacía encargos en un taller de encuadernación de la calle de Augusto Figueroa, 34, donde pagaba un pequeño alquiler.

En la calle de Alcalá, donde dice hoy «Líneas Marítimas Italianas», estaba *Altavoz del Frente*, del Partido Comunista.

Allí, uno de los responsables —como se decía entonces— era Francisco Mateos, el hoy tan famoso pintor después de muerto y que lo fuera menos a mediados de su vida. El era «responsable» principal de *Altavoz del Frente*. Me recomendaron a él.

Yo reunía en libros, especie de álbumes, documentos de los que «pillaban» a los prisioneros de la España Nacional, billetes, carnés de identidad, etc. Llevaba Mateos un gran pistolón y siempre que me daba algún trabajo me hacía cientos de amenazas: «¡Como pierdas esto! ¡Si se lo enseñas a alguno!»... Pero me pagaba. Y nunca le tuve por mala persona. Hacía estos trabajos porque el sueldo de soldado era de 10 pesetas diarias y en mi casa necesitaba mi madre más.

Mi sorpresa al terminar la guerra es que el tal «responsable» fue perseguido y no sé si le pusieron varias «Pepas». El caso es que salvó la piel. El me localizó y no sé con qué motivo me visitaba a menudo en el taller de Augusto Figueroa, 34, y reanudamos nuestro reconocimiento, mirados desde distinto aspecto.

Siempre llevaba diez o quince dibujos de los que él hacía. Reconozco que fui un insensato, pues a tenor de como se vende su obra, yo sería hoy millonario. Pero su pintura ni me gustó ni me gusta.

Seguí varios años en el taller de Augusto Figueroa, 34, y allí trabajé mucho para Regiones Devastadas, para el Consejo de la Hispanidad, antes de denominarse Instituto de Cultura Hispánica.

En el año 1942 me establecí por mi cuenta, donde hoy continúo (General Pardiñas, 80), haciendo trabajos de lujo para centros oficiales y algunos para célebres bibliófilos.

El día 28 de marzo de 1954 salí para El Salvador, contratado por su Presidente, don Oscar Osorio, para formar encuadernadores en la Imprenta Nacional. Estuve hasta finales de 1955,

siempre considerado por el señor Presidente con gran admiración, respeto y cariño.

En el año 1956 fui contratado por el Delegado del Generalísimo Trujillo, señor Cámara, para formar la Escuela de Artes Gráficas en la República Dominicana. Después de estar dos meses en el hotel Jaragua, pude hablar con el General Spallá, con el señor Demorice y con el señor Ministro del Interior, sin poder conseguir lo que en contrato duplicado habíamos firmado. Fue un completo fracaso. Gracias que me pagaron los viajes. Se quedaron con todos los regalos que llevé para el Generalísimo Trujillo, y mis reclamaciones jamás fueron atendidas, aun siendo justas.

A los tres meses de mi viaje a la República Dominicana volví a abrir mi taller, muy desanimado, pues había dicho adiós a mis clientes. Estaba compuesto y sin novia y había que volver a empezar.

A los pocos días llegó al taller un nuevo cliente, don Bartolomé March Servera. Me explicó el plan que tenía de formar su biblioteca y me dijo que no me faltaría trabajo. Efectivamente, fue un hombre generoso y lo sigue siendo conmigo y gracias a él mi obra es reconocida y admirada, pero desde el año 1976 el trabajo fue suspendido, aunque seguimos nuestra amistad, pues llegó a tener tanto libro que ya es muy raro ofrecerle alguno, entre los importantes, que él no tenga.

Ahora, en 1981, sólo hago algún libro para mi amigo, don Luis Bardón Mesa, para don Enrique Montero, también librero, y para el profesor don Enrique Tierno Galván. Hago algún libro mío bueno, que después vendo.

Esta es la historia de mi vida, a grandes rasgos.

Madrid, 10 de octubre de 1981.

P O S D A T A

El día 30 de abril de 1982 dejé de trabajar por la venta de mi taller al excelentísimo Ayuntamiento de Madrid.

Estoy orgulloso; el destino que han dado a mis máquinas, hierros y todos los complementos de un taller modelo, formado con mi esfuerzo, la abnegación y colaboración de mi mujer Pilar Marroquín Novales, quedará en Madrid, en los Talleres de Artes Gráficas Municipales, regidos con gran entusiasmo por su Gerente y amigo mío don Licinio Serrano Valladares.

Todo ello fue posible gracias a don Enrique Tierno Galván y a los consejos de don Luis Bardón, dados en su librería a don Enrique, los que coronaron el acierto.

Hoy, 24 de mayo, sólo en esos días que llevo de abandono de mi actividad, me encuentro apenado y vacío de tanta holganza.

Recuerdo el verso de Marañón nuevamente:

VIVIR NO ES SOLO EXISTIR,
SINO EXISTIR Y CREAR,
SABER GOZAR Y SUFRIR
Y NO DORMIR SIN SOÑAR
DESCANSAR...
ES EMPEZAR A MORIR

El fiel y tenaz servidor de Carlos V, con una letra de redondilla preciosa, firmaba:

Ambrosio de Morales, y cual sentencia de la reciedumbre de su espíritu, ponía debajo de su firma «TIEMPO FUE, QUE TIEMPO NO FUE...».

De golpe parece un galimatías.

No es tal: Quiere significar que el tiempo que se pierde es tiempo perdido, y no cuenta.

La vida es fugaz y el minuto de nuestro trabajo es el delito de más vergüenza de la integridad humana.

Don Esteban Terradas me decía:

«Palomino», gente parada cría mala sangre.

El vago, el hombre inactivo, merece las «Siete Plagas de Egipto», y alguna más.

DISCURSO DE DON ANTOLIN PALOMINO

Ilustrísimo señor presidente de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, distinguidos señores componentes de la Junta, excelentísimo señor Alcalde de Madrid, señores Concejales, excelentísimos señores, señoras y señores:

Doy las gracias emocionado al ilustrísimo señor presidente don Adrián Piera, a la Junta de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, al excelentísimo señor Alcalde de Madrid y a los señores Concejales, por la concesión de esta medalla y por estar aquí, que guardaré como recuerdo y con el agradecimiento **toda mi vida.**

La encuadernación puede y debe adornar el libro que viste: pero antes que nada, es preciso que le proteja.

ANATOLE FRANCE

En el espíritu de la sociedad humana y cultivada, el libro tiene **la plaza de honor.** El es el símbolo de la superioridad del **hombre,** y el vestigio **más grande** del triunfo de la civilización sobre la **barbarie.**

Decía Jules Janin: «son mis libros, mis economías y mis amores, alegrías de mi hogar... y cuando todo haya terminado para mí, testimonios serán de mi vida y de mi trabajo».

La Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid premia a un *artesano del libro por primera vez, pero en esta recompensa van todos, absolutamente todos los que ejercen esta nobilísima profesión. Desde los grandes talleres que con su mecánica moderna*

hacen pirámides de libros, hasta el más modesto principiante, que lucha con la cola y el engrudo, en la cocina de su casa.

«El encuadernador» (palabreja que no me llena mucho el ojo) tiene que pensar que su profesión es casi **un sacerdocio**, de una ética pareja a la del honrado médico, ya que enfermos son los libros que tiene que restaurar y vestir. Debe seguir como **axioma** la frase del gran Letamendi: *el médico que no es más que médico, no es ni siquiera médico.*

Todas las operaciones debe hacerlas con **exageración** y cariño, pensando qué le diría el libro si sus quejas las pudiera expresar. No pensando en el tiempo para nada, ni en lo que tiene que cobrar.

El libro en manos del encuadernador es un inocente cordelillo, debe él no comportarse como lobo.

Debe cuidar sus márgenes, sus cubiertas, inclusive el lomo y pensar que un milímetro de su formato vale más que todos los cortes dorados, todos los cincelados, que su fantasía pondría sobre las hojas de sus cortes.

Decía Castelar que enseña más sobre el destino y vida de Roma un paseo por la Vía Apia, bordeada de sepulcros, que un fatigoso estudio de los libros de Tito Livio y de Tácito.

Lo mismo es aprender el Arte de la Encuadernación, para comprender lo que es.

Enseñan más unas prácticas dadas por un modesto maestro que todos los libros escritos sobre este Arte maravilloso.

Los libros nos dicen que todos los humanos llevamos **en** nuestra sangre el carácter, en ocasiones, de don Quijote. En las ilusiones de nuestro cerebro, venturas y desventuras a lo Guzmán de Alfarache, Lazarillo de Tormes o Marcos de Obregón.

La fragilidad de nuestro paso por la vida, y lo poco que **representamos** nos debe hacer tolerantes, humildes, pero jamás altivos.

Esto debe ser el verdadero espécimen de nuestra **existencia.**

Detractores de la encuadernación

Había en París, hacia 1870, un publicista gran amigo del bibliógrafo y bibliófilo Jules Janin, que se llamó Mercier.

Mercier tenía verdadera fobia al encuadernador y a los que mandaban encuadernar libros, decía tiraban el dinero y daban al libro su inutilidad y su sentencia a muerte, pues el libro encuadernado era un paralítico más.

«Yo tomo los libros en rústica, decía, los leo en la cama, alabeo sus hojas a mi comodidad, y cuando me canso, porque me rinde el sueño, los tiro junto a mis babuchas, y como tienen menos gravedad que si estuvieran encuadernados, no les pasa nada.»

Cansado el gremio de las ideas de aquel «filósofo», le contes-
taron en la revista del gremio con unos largos versos, que alguno recuerdo. Decían:

¡OH MERCIER!
CONTRA EL ENCUADERNADOR,
VIERTES VENENOSA HIEL,
NO TEMAS, QUE DE TU PIEL,
SOLO SALE UN MAL TAMBOR.

En Madrid hubo un famoso bibliotecario, dueño de Panticosa, tenía dinero, como diría mi amigo Fernando Segarra «a punta pala». Le hizo una visita a la biblioteca un gran artista encuadernador. El ordenanza le pasó el recado:

— Ahí está el artista de la encuadernación, fulano de tal, que quiere mostrarle unas encuadernaciones.

— Dígale que encuadernaciones las estoy viendo todos los días.
Y no le recibió.

Pero este artista, descendiente de padres aragoneses, era terco. Se buscó nueva recomendación y volvió.

Con frialdad, vio una imitación de Cristo, en mosaico.

—¿Qué vale esta encuadernación?

—Trescientas cincuenta pesetas.

—¿Y esta otra?

—Quinientas pesetas.

—¿Y esa grande en marroquín azul?

—Setecientas cincuenta pesetas.

—Bueno, mire usted, yo soy una persona muy conocida; si yo algún día me vuelvo loco, usted se enterará, viene y le mandaré me encuaderne algo...

Otro célebre director del Instituto o Museo de Valencia de Don Juan vio encuadernaciones del mismo artista. Su precio, cuatrocientas, seiscientas y mil pesetas. Siete minutos duró la visita, y le dijo: «Mire usted, si algún día me toca el gordo, ya le avisaría para que me encuaderne algo...»

El sabio, protegido y admirado por la marquesa de Pelayo, aristócrata santanderina, cuando se hablaba de encuadernaciones tampoco era manco. Decía que él prefería el contenido al continente, y él de sobra tenía que saber que, gracias al continente, se habían salvado millones de libros, y agregaba que con lo que se gastaban en encuadernar libros, había dinero para comprar otros nuevos.

El mismo San Jerónimo, que es el Patrón de los libreros, pintado por los grandes maestros flamencos, a todo lujo, con un león a los pies, el sombrero cardenalicio y un precioso códice en las manos cargada la encuadernación de pedrerías, decía:

«Se tiñen de púrpura los pergaminos de sus hojas, se les cubre de letras de oro, se adornan sus tapas con piedras preciosas y los pobres mueren de frío en las puertas de los templos...»

¡Qué lástima no le pueda yo contestar!

Con esta cuadrilla de linceos, deduciréis el esplendor que iba a tener el abnegado encuadernador de arte, pues con estos clientes no podría comer ni hierba.

Hay varios escritores famosos que han escrito que bibliófilo es sinónimo de tonto y bibliómano que no merecía haber nacido.

Pero afortunadamente siempre hay gustos para todo.

El gran artista, el excelentísimo señor don Emilio Brugalla, miembro electo de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, no hubiera podido dar a conocer al mundo su obra sin la protección de don Bartolomé March Servera, premiado en varias exposiciones internacionales, dando con su nombre gloria a la profesión y a España. Hoy está considerado por muchos y por mí el artista más completo del mundo.

El que os habla, sin el trabajo de don Bartolomé March, sería hoy un hombre anónimo y desesperado, y os digo de corazón

ES TAN BELLO ENCUADERNAR,
QUE NO HAY MOTIVO O RAZON,
QUE SE PUEDA COMPARAR,
CON NINGUNA PROFESION.

Admiradores y defensores del libro

Ricardo de Bury, obispo de Durham y Canciller de Inglaterra, hizo una apología del libro en su *Philobiblion*, escrito en latín a mediados del siglo XIV. En su exaltación, llegó a comparar los libros con los Vasos Sagrados.

Uno de los párrafos es éste:

«Son los libros, maestros que nos enseñan sin varas ni férulas, sin gritos ni cólera, sin vestido ni dinero.

Si a ellos te acercas, no los encuentras dormidos; si inquiriendo

les preguntas, no esquivan su respuesta; si yerras, no refunfuñan; si te muestras ignorante, no se burlan de ti a risotadas.

¡Oh libros solos, liberales y libres, pues dais en abundancia a todos los que os piden y a todos los que con diligencia os sirven, dais la libertad!»

Otro de los más grades amantes del libro y de las encuadernaciones fue el Cardenal Mazarino, protector del gran Florimundo Badier, llamado Le Gascón, por ser de La Gascuña, creador del estilo puntillé. En su lecho de muerte, le visitó el obispo de París y le dijo:

—Amigo Mazarino, ya sabes lo que te admiro y quiero, pero debes prepararte para presentarte a Dios...

—¡Calla, miserable! Lo que yo estoy pensando es ¿quién se va a quedar con mis libros?

Hoy están en París, en la Biblioteca del Arsenal, en una sala llamada Mazarino. Pero hay quien sostiene que Le Gascón y Florimundo Badier son dos personas distintas.

Otro ferviente admirador de los libros, que vivió en pleno siglo xv y que reinó en Aragón, fue don Alfonso V el Magnánimo, que por circunstancias especiales de familia primero, y después lances guerreros, le llevaron a reinar en Nápoles.

Su afición a los libros fue tan extraordinaria, que usa como emblema un libro abierto; funda en el Castillo de Nápoles su verdadera residencia y su famosísima librería, que años más tarde Carlos VIII de Francia (en parte) se apresura a enviar a su país y es actualmente una de las joyas de la Biblioteca Nacional de París.

Don Bartolomé José Gallardo fue otro gran bibliógrafo y bibliófilo; refiere en su *Criticón* los azares de su complicada vida.



Discurso de Antolin Palomino en el acto de entrega de la medalla al Mérito en la Artesanía, concedida por la Cámara Oficial de Comercio e Industria y el Alcalde del Ayuntamiento de Madrid.

Sangra su corazón por la pérdida del original de la *Tía Fingida* y por los dibujos para las novelas ejemplares de don Luis Paret y Alcázar, hoy creo en nuestra Biblioteca Nacional de Madrid.

El Marqués de Morante, que mandaba encuadernar los libros a París, al célebre encuadernador Duru, de quien era ferviente admirador.

Constantes admiradores de la encuadernación fueron el Marqués de la Cortina, Sancho Rayón, don Antonio Cánovas del Castillo y el Marqués de Jerez.

En la actualidad se destaca como amante de los libros, bibliófilo apasionado, rebuscador del libro clásico y bello, en primeras ediciones, infatigable lector, inefable protector de nuestro arte, el excelentísimo señor don Enrique Tierno Galván.

Siguen en esta lista don Luis Bardón Mesa, bibliófilo y librero, que nada regatea, siempre encargando y salvando ejemplares que, gracias a su tesón y generosidad, cobran nueva vida.

Don Daniel Riopérez, coleccionista de un paladar a lo don Félix Boix, siempre con Cervantes, con Ibarra, con Bodoni, con Sancha y Benito Monfort auestas.

Don Fernando Gondra, que tiene una gran colección de libros vascos, de viajes y clásicos, franceses del siglo XVIII y románticos del XIX.

Dedico espiritualmente esta medalla a todos los principiantes de esto que llaman oficio, y que son tres carreras juntas, para que empezando como yo, tengan paciencia y tesón para triunfar. También dedico esta medalla a mi mujer, Pilar Marroquín Novales, por su colaboración en mi trabajo, por su inteligente abnegación en momentos difíciles, y porque supo disculpar el Roncesvalles que bulle en mi cabeza, y juntos supimos sortear las amarguras de tantos años.

Termino dando las gracias a todos por vuestra presencia y con la divisa del hombre más grande de la bibliografía y del amor a los libros, que se llamó Juan Grolier:

PORTIO MEA DOMINE SIT
IN TERRA VIVENTIUM

Que algo de mí, oh Señor,
quede en la tierra de los vivos,

He dicho.

ANTOLÍN PALOMINO

Madrid, 10 de julio de 1980

RECUERDOS DE ALGUNOS LIBROS
ENCUADERNADOS POR MI Y DE MIS CLIENTES

Cien años de Ferrocarril en España.—Madrid, 1948

Cuatro tomos (tirada 1.900 ejemplares). Cien tomos encuadernados por mí, en tela, color hueso cruda alemana, con estampación en colores y oro, sobre dibujos románticos hechos por don Agustín Blancovaras.

Cincuenta ejemplares, en piel chagrín, con decoración romántica. En su frontis dice: «*encuadernados por Palomino*».

El proceso para la encuadernación fue el siguiente:

Don Mariano Rodríguez Rivas (q. e. p. d.), que fue director del Museo Romántico, era uno de los asesores para la publicación de *Cien años de Ferrocarril en España*.

Un día me llama por teléfono don Manuel María Arrillaga, que era quien llevaba la dirección, que tuviera la bondad de ir por la tarde, a las siete, a las oficinas de la calle de la Virgen de los Peligros y que llevara algún modelo de encuadernación.

Don Julio Guillén y Tato, que era quien asumía la dirección de dicha publicación, había indicado a don Manuel María Arrillaga fuera yo el que hiciera la encuadernación de algunos ejemplares especiales.

En la oficina de Virgen de los Peligros estaba una especie de jurado, pero, fatalmente para mí, no estaba mi patrocinador don Julio Guillén y Tato.

Yo llevé un tomo de las *Escenas Andaluzas*, de Estébanez Calderón, romántico, y un tomo de *Moratín* de la edición de Aguado, que son cuatro tomos, divididos en seis volúmenes, con preciosas láminas e impresos en un cuerpo Bodoni (Madrid, 1830).

La encuadernación del *Moratín* tenía una decoración de finales del siglo XVIII española.

Del grupo, el que se adelantó en su juicio, era el entonces director del Museo Romántico, señor Rodríguez Rivas. Miró con detenimiento la encuadernación romántica de las *Escenas Andaluzas*, abrió el libro y tenía de guarda una seda cruda-oro viejo, y doble guarda de papel romántico.

Dándoselas de «factótum» me dijo:

—¡Oiga!, ¿pero cuándo ha visto usted un libro con guardas dobles?

Esto, dicho con menos agresividad, yo lo hubiera tolerado.

Le dije:

—Desde este momento pierde usted la admiración que le tenía. Sepa usted, señor fanfarrón, que acaba de conducirse conmigo como un verdadero grullo.

La encuadernación con doble guarda en libros suntuosos la implantó, en 1840, el gran artista francés Lortic, y los grandes maestros como Simier, Maylander, León Gruel y Petrus Ruban, con otros grandes artistas del libro siguieron esa modalidad, y en los tiempos actuales es casi preceptivo.

¡Zapatero a tus zapatos!

Envolví mis libros, y muy secamente, les dije:

—Las encuadernaciones de lujo de *Cien años de Ferrocarril en España* las puede hacer ese ignorante.

Y me fui, a pesar de que varios señores del grupo se disculpaban ante mí.

Días más tarde se lo contaron a mi gran amigo don Julio Guillén y Tato, que era el padre de la publicación, y yo fui el que vistió de gala los mejores ejemplares de *Cien años de Ferrocarril en España*; nadie lo hubiera resuelto entonces como yo lo hice; quedaron tan contentos, que el propio presidente don Manuel María Arrillaga me trajo el dinero a mi taller.

Anécdotas de la publicación de *Cien años de Ferrocarril en España*.

Como he explicado antes, la dirección la llevaba don Julio Guillén y Tato.

El ideó unas guardas para todos los ejemplares, muy originales, de billetes del ferrocarril en distintas épocas, esparcidos a capricho sobre el papel de guardas, que daban una simplicidad y un colorido subyugantes.

Don Julio Guillén y Tato planeó que en la obra figuraran en artículos sobre el ferrocarril los mejores escritores de España. Fueron cuarenta y siete, que por no alargar esta referencia sólo citaré unos cuantos: don Jacinto Benavente, don Wenceslao Fernández Flores, don Eugenio d'Ors, don Alfredo Marqueríe, don Gerardo Diego, don Enrique Jardiel Poncela, don Natalio Rivas, don José María Pemán, don Federico García Sanchiz, don Gregorio Marañón, doña Concha Espina, etc.

Le falló uno, don Teófilo Hernando, que no sé por qué circunstancias no pudo.

Andando el tiempo, don Teófilo me contó en mi taller alguna anécdota, que él pensaba escribir en su artículo. Es ésta:

El tenía un amigo maquinista de tren, que en la ruta que hacía a Vigo, en un pueblecito paraba la máquina para que don

Teófilo visitara a un amigo; los dos juntos se iban y merendaban, y cuando volvía tan campante a la dirección del tren, a los viajeros que le gritaban indignados les decía muy sonriente:

—¡Perdonen!, fue una falsa alarma...

Y sigo con otras dos anécdotas:

Estimó don Julio Guillén y Tato que a los autores de los cuarenta y siete artículos había que pagarles con largueza, igual que a los dos grandes artistas que ilustraron los cuatro tomos, don Carlos Sáenz de Tejada y don Lorenzo Goñi.

Aunque en el año 1948, 75.000 pesetas era mucho dinero, «La Junta del Centenario» aceptó el precio.

Pero el único que al llevarle el dinero puso objeciones fue don Natalio Rivas, pues dijo que le parecía poco.

En cambio, el poseedor del Premio Nobel, don Jacinto Benavente, con gran sencillez se mostró agradecidísimo, y dijo que *en comparación* con el esfuerzo que había hecho con *Los intereses creados*, había sacado más dinero del artículo, sin tanto trabajo, y escribir sobre el ferrocarril le había distraído.

Para el Consejo de la Hispanidad (o Instituto de Cultura Hispánica) hice los tres tomos de *Las Leyes de Indias*, con destino a los Presidentes de las Repúblicas Hispanoamericanas, excepto México, pues no teníamos relaciones.

Cada República llevaba estampado en oro su escudo correspondiente en la guarda roja de moaré. Sus tapas iban decoradas con una plancha del siglo XVI y en el centro el escudo en oro de Cultura Hispánica.

Además, se encuadernaron con el mismo lujo bastantes ejemplares para diversas personalidades españolas y extranjeras.

Cobraba cada tomo, con cortes dorados y contracantos, a 500 pesetas. Me mataba a trabajar y no veía provecho. Hoy, cuando

sale en el comercio algún ejemplar de sus antiguos propietarios, los venden a 15.000, 20.000 y 25.000 pesetas.

Después, pasados unos años, hicieron en facsímil los *Incunables Mexicanos* Diego García de Palacio-Puga, etc., creo que fueron trece títulos. La encuadernación iba estampada con una plancha de reminiscencia gótica, imitando alguna famosa de «Grolier» hecha con rectas y arquillos, y algún fondo de múltiples punteado. Estas encuadernaciones quedaron más sugestivas que las *Leyes de Indias*.

El Patrimonio Nacional publicó el libro *El Escorial*. El supervisor de estas publicaciones era don Fernando Fuertes de Villavicencio, pero el que contactó conmigo sobre el trabajo fue don Ricardo Catoira, persona de confianza del Generalísimo Franco, hombre amplio y bondadoso, que me dio en el taller el dinero adelantado que yo pedí, pues los ejemplares tenían mucho gasto de oro y de piel. Uno iba destinado a S. S. el Papa, en marroquín blanco. Otro al Generalísimo y algunos para otras personalidades.

La presentación del libro y de los ejemplares se hizo en el local del Patrimonio Nacional, de la calle de Felipe V (creo), al lado de Palacio.

Asistieron ministros, el Marqués de Lozoya, don Fernando Fuertes de Villavicencio y varios periodistas. El señor Sampelayo hizo una crónica muy bonita, poniéndome por las nubes. Fue tal el entusiasmo hacia mí, que el señor Marqués de Lozoya le dijo al señor Carrero Blanco: «¡Hay que hacer Académico de Bellas Artes a Palomino, pues ha hecho de un oficio un arte!»

Después de este éxito, me encargó don Ricardo Catoira el libro de firmas para el Valle de los Caídos, por encargo del Generalísimo Franco.

El álbum era de tamaño bastante grande, 47 por 32 centímetros.

Recuerdo que empleé cuatro pieles de marroquín que compré en París, en la casa Julien.

La decoración la hice entre monástica y litúrgica, como entendí debía ser para donde era su destino.

La guarda de piel era muy decorada y en mosaico algunos de sus dibujos.

En el centro, el Guión o escudo del Caudillo, pero sostenido en ambos lados por dos ángeles con las alas amparando el «Guión», todo realizado en mosaicos de piel con oro, de deslumbrante efecto. Cobré por el trabajo 75.000 pesetas. El Caudillo me envió un retrato con delicada dedicatoria. Hoy no se podría hacer por menos de 300.000 pesetas.

Hice muchos trabajos para Regiones Devastadas con destino a Jefes de Estado durante más de ocho años. Al final, tuve que dejar este tipo de clientes, pues para cobrar era una constante mortificación.

Otro de los trabajos realizado en el año 1940 y en el que puse más cariño fueron unas cartas de San Luis Beltrán. Su propietario era don Manuel Foronda, hijo del Marqués de Foronda. Estaban en muy mal estado, por la costumbre de la época de los pliegues que llevaba la correspondencia. La encuadernación fue sobre piel clara de ternera, decoradas sus tapas en estilo mudéjar. Don Manuel era hombre afable y de una gran educación, pero algo seco en la exposición de sus encargos. Pero quedó satisfecho, aunque para mí el trabajo era un verdadero «hueso». Cobré 10.000 pesetas.

Para don Martín Carracedo, de México, trabajé bastante.

La primera edición de Bartolomé de las Casas.

Los nueve tratados, ejemplar de gran belleza, llevaba grandes márgenes, y una vez planchado y reforzado, no tenía pega alguna.

También le encuaderné libros referentes a las misiones en América, de jesuitas, franciscanos, capuchinos, etc.

Esta colección se expuso en Nueva York, y más tarde, con el *Remesal*, *El Cabeza de Vaca*, de Valladolid (1555), *El Bernal Díaz del Castillo*, *El Montalboro*, y cientos de ejemplares más, incluyendo *El Marco Polo* en primera edición española. Don Martín Carracedo fue vendiendo su biblioteca, por no tener hijos, a Kraus y al gran bibliófilo y librero Mendel, residente en Colombia. Más tarde don Bernardo Mendel, gran señor y amigo mío, al morir dejó su biblioteca a la Universidad del Estado norteamericano de Iowa, en Bloomington. También realicé trabajos para el hijo de aquél prócer portorriqueño Ostos, persona de gran cultura y de extrema generosidad.

Atendí a un señor que vivía en Palo Cortado (California), que no tengo a mano su nombre.

Me invitó repetidas veces a su preciosa finca en Palo Cortado, pero nunca pude ir. Hablaba el castellano perfectamente.

Para los bilbaínos don Fernando Gondra, don Domingo Guzmán y don Guillermo Truán les trabajé durante quince años.

El *Poza*, el *Echave*, el *Nobiliario de la Valdorba*, el *Quijote*, de Lisboa, el de Valencia, el de Barcelona y todas las publicaciones de Lewis, etc.

A don Blas Pérez González le trabajé durante veinte años.

Primeras ediciones de Santa Teresa y de Fray Luis de León. Los primorosos grabados de Durero y de Wateau, ediciones de Canarias, incluyendo *El Canarien*, libros románticos, de viajes, etcétera, y muchas ediciones raras de *Don Quijote*.

Hice toda la edición de *Don Juan Tenorio*, de Editorial Trofeo, ilustrada por el gran Carlos Sáenz de Tejada, dibujadas todas sus láminas sobre piedra litográfica, encargadas todas las encuadernaciones por don Fernando Jiménez Placer y por su esposa doña Asunción Maurtua.

Para los famosos libreros españoles don Luis Bardón Mesa y don Enrique Montero, los dos únicos libreros que me han ayudado, les he hecho y hago los libros más raros y primorosos que han salido de mis manos.

Incunables castellanos, *Quijotes* de todas las épocas, libros de Trajes de Misiones, de Brasil, ediciones impresas en México, en Lima, etc.

Toda la bibliografía y bibliofilia más famosa del mundo.

Son los dos libreros que por su bondad y generosidad los llevo en mi corazón hasta la tumba.

A don Teófilo Hernando también le encuaderné varios libros raros sobre disertaciones de Lutero.

Uno muy raro de Miguel Servet.

Varios tomos de Calvino, y otras obras raras que él mismo traía a mi taller.

Yo disfrutaba oyéndole hablar, pues era de una inteligencia penetrante y facilísimo de entender, ya que exponía todo con una sencillez admirable.

Al gran poeta gallego don Antonio Rey-Soto le hice encuadernaciones desde el año 1931 hasta 1937.

Recuerdo el *Exemplario*, impreso en Zaragoza en 1531.

De Vasco Díaz Tanco de Frexenal encuaderné *La Palinodia* (Orense, 1547) y *Jardín del Alma Christiana* (Valladolid, Juan de Carvatal, 1552).

La Visión Delectable, de Alonso de la Torre (Sevilla, 1526), el *Francisco Petrarca*, de los remedios contra próspera y adversa fortuna (Sevilla, 1513).

Les obres de Mosen Ausias March (Barcelona, 1543).

La Conquista del Reino de Navarra, de Luis Correa (Toledo, 1513).

Tratado en Loor de las Mugerres, de Christoval Acosta (Venice, 1592).

Los Tres Libros, del muy esforzado Caballero Primaleon (Venice, Juan Antonio de Nicolini de Sabio, 1534).

La Crónica de don Florisel, de Niquea, y el *Fuerte Anazartes*, de Feliciano de Silva (Valladolid, 1532).

Rimas, de Lope de Vega y Carpio (Lisboa, 1605), y una lista interminable de toda clase de libros, etc.

Por fin, en el año 1956, casi abandoné toda mi clientela, para dedicarme sólo a encuadernar y restaurar los libros de la Biblioteca de don Bartolomé March Servera.

El Arte de Navegar, de Pedro Medina (Valladolid, 1545).

Suma de Geographia, de Fernández de Enciso (Sevilla, 1519).

Segundo libro della Agricultura, de Piero de Crescencio (Basilea, 1490).

Platinae de Honesta Voluptate (Venecia, 1475).

Ortografía castellana, de Mateo Alemán (México, 1609).

Portulanos de varias épocas.

Libros de pájaros, de viajes, de impresiones de Bodoni, de Etienne, de Gofredo Tory, de Ibarra, de Benito Monfort, etc.

Toda clase de libros en francés de todas las materias.

Haría interminable esta lista, pues serán más de mil encuadernaciones, sin olvidar *El Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, *La Relación y Comentarios* (Valladolid, 1555) y la *Biblia Poliglota* de Cisneros Alcalá, en seis tomos.

Don Bartolomé March es, de todos los clientes que he tenido, el que mejores restauraciones y encuadernaciones tiene. Primero,

por el cariño que puse en su ejecución, y segundo, por no regatarme jamás su ayuda. Yo estoy muy orgulloso de mi obra y sé que en sus manos mis libros han ganado calidad y categoría.

Los tiempos irán justificando mi apreciación, y sin su cooperación, mi trabajo hubiera sido conocido, pero quizá no reconocido.

La biblioteca de don Bartolomé March Servera hoy es una de las mejores del mundo, como particular.

Tiene libros de todas las Artes y materias, y es un exponente grandioso del Arte de imprimir y de encuadernar su hermosa biblioteca, tanto la de Madrid como la de Palma de Mallorca. Yo puedo enorgullecerme de que los mejores libros de sus bibliotecas fueran adquiridos por mí, o por mi criterio.

Por encargo del señor Presidente de El Salvador, don Oscar Osorio, hice cien ejemplares en piel con todo lujo de la Constitución de El Salvador, quedando tan satisfecho, que fui contratado por él para impartir la enseñanza en aquel bello país durante dos años, recibiendo siempre de él y del Secretario de la Presidencia, don José Quetglas, las mayores distinciones y atenciones.

Madrid, 4 de octubre de 1981.

**TRATADO DE LA ENCUADERNACION
EN VARIOS ASPECTOS**

I. La juventud actual y el aprendizaje de la encuadernación de arte

La juventud actual para aprender el bello oficio de encuadernador es más numerosa que nunca. La Escuela Nacional de Artes Gráficas, donde imparten las enseñanzas los señores Macedo y Cámara, está siempre a tope. La señorita Sandra, hija del célebre doctor Vallejo-Nágera, asiste tres veces a la semana a una Escuela de enseñanza de la encuadernación que hay en Vallecas.

En general, estas enseñanzas son adocenadas y no empíricas, pues para aprender y practicar hacen falta gran desenvoltura de medios: dinero para hierros, oro, pieles de calidad para mosaicos, lo cual es preciso para cubrir un libro con la sobrada calidad y prestancia. El Estado no puede hacer grandes presupuestos para este tipo de enseñanzas, conceptuadas como «arte menor.»

Pero el problema existe en Londres, en París y en todas partes. En París está la famosa Escuela Estienne, donde hay profesores de alto rango. Uno de ellos, Ives Devaux, ha publicado un libro titulado *Dix Siecles de Reliure* (Editions Pygmalión, 1977).

Absurdamente para mí, lo que dice en el prólogo no me parece justo, ya que en Francia hay un notable movimiento en todos los sectores de amor al libro. Comienza así:

«En France, la reliure est un art pratiquement «ignore» du gran public. Alors que la peupar des persones ont déjà vu-et admire des travaux d'orfèvrerie, de ferronnerie, de tapisserie, d'évenisterie, etc. LES BELLES RELIURES NU SON CONNUES QUEDE TROP RARES AMATEURS ET COLLECTIONEURS, etc.»

En Ascona, monsieur Josef Stemmler montó el taller más bello de aprendizaje de encuadernación con profesores famosos, como Lucien Martin, Hugo Peller, etc. Pues bien, a pesar de que las matrículas eran caras, la Escuela duró cinco años. Se titulaba LA LEÇATORIA ARTISTICA ASCONA (Suiza).

El más famoso encuadernador de Inglaterra, autor de un maravilloso libro sobre encuadernación, Philip Smith, titulado *New Directions in Bookbinding*, Londres, 1974, me contaba que hablando con el Director de la Escuela de Encuadernación, que lo fue durante diez años y sigue siéndolo, le decía a Smith quejándose: «¡Pero, hombre! ¿Que quieres que haga con cuatro mil libras que tengo asignadas al año para gastos de material y enseñanza?»

Este Director era Edgar Mansfield, famoso por sus encuadernaciones, Para mí de mal gusto. En cambio, es uno de los propuestos de la «Reliure Originale», que es el Nobel de la profesión.

Así y todo, hay gran número en España y en el mundo entero, donde, después de recibidas las enseñanzas más rudimentarias, la mayoría hace sus pinitos y medio inventa otra profesión, que en nada se parece a las reglas de la «encuadernación» que mal aprendieron.

Hay gran parte de alumnos que en seguida quieren convertir en negocio su mal aprendido oficio. ¡Y muchos lo consiguen!

II. Un oficio en el que se complementan varias artes, todas las cuales han de dominarse para llevar a cabo la restauración-encuadernación y decorado de un libro, etc.

La Profesión de encuadernador con ribetes de arte es un sacerdocio. Como decía Zorrilla: «En el mundo hay tanto tonto, porque existe tanto pillo...» Quiero decir que no todo el que encarga una encuadernación entiende la materia, y a veces surgen

sorpresas desagradables, donde el que se cree artista cobra como si lo fuera al incauto desconocedor... y éste, «mosca», no paga.

Hay que deshacer el libro con primor, lavarlo y encolarlo si hace falta: prensar el libro con exageración, pues en Francia se dice: «Libro bien prensado, libro bien encuadernado.» Y es una realidad.

Después hay que resolver el cuerpo de la obra, cosido-cajos-elección de piel, según su título, cubierto de la piel, y más tarde el dorado, que es la operación de más rango del libro.

Construcción del libro (se entiende de lectura), que es como se llama a este tipo de encuadernación.

Conocimiento del libro rayado o de comercio.

Dorado y cincelado de los cortes.

Y dorado con lujo o sencillo del libro, incluyendo el «double» o contratapa de piel.

III. No todos los libros se encuadernan igual, sino según su época y el tema de que traten

Hay encuadernaciones emblemáticas y otras parlantes.

La emblemática es el libro de arquitectura, de aeronáutica, de cosmografía, etc.

El parlante es donde se pone en sus tapas escenas bien a línea o en mosaico del contenido del libro.

Cada encuadernación tiene su característica, empezando por el color de su piel, el grueso de sus cartones, el tratado de sus cortes, la adaptación de sus guardas, etc. Un libro ascético o místico no va a llevar la misma piel que un *Lazarillo de Tormes* o un *Guzmán de Alfarache*.

Una encuadernación puede ser de arte cuando su ejecución sea perfecta, a pesar de la sencillez que pueda tener ésta, aunque lleve sólo su letrero y su contracanto dorado. Esto pasa con muchas encuadernaciones llamadas jansenistas. Esta modalidad fue introducida durante la Revolución Francesa, pues la Convención decía que el encuadernador gastaba en perifollos de oro en los libros, «arruinando con el gasto de oro la República».

IV. El secreto de los hierros. El buril y el troquel, cómo han de emplearse para obtener buen resultado

La denominación de «hierro» no es otro motivo que ya en los siglos XI, XII y XIII se grababan con tosquedad «sobre hierro».

A pesar de ser bronce lo que se emplea desde hace siglos, sigue denominándose «hierro».

Al grabador habría que hacerle un monumento. Aquellas planchas para las *Cantigas* de los dos tomos de Alfonso el Sabio, con los juglares y su fondo gótico en seco, hechas por el gran Paul Souze, son una belleza, como la Catedral de Burgos. Obra que hizo Menard, encuadernador francés de ideas avanzadas, que tuvo que escapar de Francia, estableciéndose en Madrid, donde fue en su tiempo el más famoso de todos. Menard fue fusilado y dado por muerto en Francia; gracias a eso pudo escapar de la muerte. La Embajada Francesa pagó su entierro. Su selección de hierros se dispersó. Los grandes talleres de Madrid todos tenían hierros que pertenecieron a Menard. ¡Una pena! Yo tengo hierros firmados por Petibon, por Adams, por Morand y por algún alemán.

El alemán es perfectísimo, pero jamás sus hierros me han emocionado como los hierros franceses del siglo XIX. Aquí en España me trabajó don Manuel Gil Guerra, empleado que fue de don Antonio Olivares (q. e. p. d.) y también don Antonio Olivares,

y ahora su hijo don Jaime Olivares, pues don Manuel Gil Guerra, desde hace veinte años, sólo hace trabajos para timbrados.

Ante el gran Joaquín Figuerola hay que quitarse el sombrero, pues hizo una cantidad de hierros mudéjares para la reproducción de modelos antiguos. Roca, el catalán, creo fue el más artista de todos. Los diez tomos de la *Historia de España*, de Manuel Ballesteros, y *Las Mil y Una Noches*, ilustrada por Segrelles, son la nota más maravillosa de su arte. *El Príncipe* en colores y oro con motivos orientales son un asombro. ¡Qué artistas, señores!

Don José Bisbal, grabador de Emilio Brugalla durante toda la vida, don Martín Girbau y don Manuel Gil Guerra pueden compararse, orgullosos, con los Petibon, con los Paul Souze y con los mejores maestros del mundo. Sin ellos, nosotros no seríamos nada.

EMPLEO DE LOS LLAMADOS HIERROS

¿Cómo emplearse los hierros para obtener buen resultado?

Primero se frotan sobre una gamuza, para quitar asperezas, que deja el buril, que a la postre es una afilada cuchilla. Hay quien para la frotación pone bicarbonato.

Después se plantea el dibujo, marcándolo a través de un papel donde está definitivamente el dibujo del libro, en un papel fino, pero de acusada resistencia.

Marcado todo el dibujo a temperatura mediana se levanta el papel y aparecerá todo marcado, pero con un pequeño grosor que nos ha dado el papel de calco.

Mojando con agua destilada todas las improntas de los hierros, iremos marcando nuevamente los hierros, encajándolos más por sensibilidad manual que por el sentido de la vista.

Tienen que marcarse mojando la piel con un pincel y calculando la evaporación del agua al temple el hierro, que aguante la mano.

Con gran decisión y sin titubeos el hierro quedará un poco oscuro pero apto para recibir la preparación de la clara para la adherencia del oro, que se repetirá tres veces. La primera, con dos capas de oro, a su temple. La segunda, con una capa de oro menos caliente. La tercera vez sin oro y bastante frío para matizar el oro.

Con las planchas para prensa se buscarán los centros, se calzará el grabado, pues como trabajo manual tiene fallos. Una vez que la presión esté conseguida, se marcará sobre las tapas en seco, mojando un poco la piel. Si se quiere en oro se prepara con clara y unos toques antes de engrudo claro y después de vinagre rebajado y a la media hora dar clara de huevo. Después de una hora y media se sienta en la tapa dos veces el oro y se estampa, sin forzar la presión.

Más tarde, con un poquito de calor en la plancha se volverá a estampar para matizar un poco el oro.

El grabador es como dicen los civilistas: que no hay motivo sin causa. Sin su obra, no se podría dar vida a otra obra.

Sin aquellos pacientes grabadores que Mercier martirizaba para sacar los hierros del siglo XVIII del Palacio de Versalles, el gran Mercier hubiera sido ignorado. Murió dejando a su hijo 17.000 hierros, caso desconocido aún hoy.

Como decía el gran Bartolomé José Gallardo, hay hombres que son como los cirios, que a fuer de dar luz a Dios y a los hombres, ellos solos se consumen.

El grabador muchas veces recibe la ingratitud del encuadernador; es, como diría Estébanez Calderón:

«Yo soy la vela encendida
que en pago de mis desvelos
con un soplo se me apaga.»

El grabador es el ángel que mimra con su silencio y paciencia su obra, para que el encuadernador se lleve la honra.

«He visto a un lobo
que de carne ahito
dejó comer a un perro
la carne de un cabrito.»

Esos son los encuadernadores que no veneran el esfuerzo del artista grabador: lobos.

Mi admiración para ellos, la mayoría de las veces ignorados.

¡Si vierais manejar el buril...! La dureza de la devastación con el buril apoyado en el hueco de la palma de la mano, la sujeción de caricia de los dos dedos de la mano, el índice y el pulgar da la impresión de oír el roer de los ratones, es un ejemplo de tenacidad, de vista y de una sumisión a la materia que el gran Moisés con las Tablas de la Ley y su arrogancia no me conmueve tanto como el gran simplismo del artista grabador que no da importancia a su trabajo.

Yo he visto al gran Gil Guerra en San Salvador estarse tres meses grabando un cuarto radial de abanico, que lo poseo y es pieza de Museo.

V. El secreto del mosaico y sus problemas

El mosaico es la ascendencia suprema del arte de la encuadernación. Es la fase que se complementan en él todos los conocimientos y técnicas de la belleza. Su proceso es el siguiente:

Se divide, como mencioné antes, en dos partes: emblemático y parlante.

El emblemático puede ser un Arte de Navegar de Pedro de Medina adaptando en su dibujo modelos a lo Grolier Maioli

o Canevari, pero incluyendo en su centro y ángulos la rosa de los vientos, brújula o cualquier otro motivo. Se hace el dibujo deseado con las rectas y arquillos, marcando la numeración para pasar a sus tapas el esqueleto del dibujo.

Después, rascaremos con una cuchilla las partes donde va el mosaico, que son de pieles nobles de marroquín-CAP.

Por medio de calcos y rebajadas las pieles que debemos emplear, vamos pegando los trozos de piel en las partes proyectadas. Se ponen sus trozos en un papel bien engrudado, ni muy fuerte ni muy claro.

Al calcular su humedad y previo rascado en la tapa donde está el dibujo en seco, vamos pegando pieza a pieza, sin macerar para nada la epidermis con la plegadera, hasta pasados unos minutos, que ya rectificamos el mosaico que deberá quedar justo de dibujo, calculando que al dorar después quede todo unido y sin vacilación alguna, pasando ya definitivamente con un papel crudo y la plegadera, con suave presión será la seguridad de su pegado.

Cuando todo el mosaico que componen su dibujo está pegado se intercalan en ambas tapas unos cartones «bristol» y se prensa, sin exageración. Al día siguiente se saca de la prensa y con el calco que guardamos del dibujo vemos la numeración en el patrón y vamos perfilando su dibujo, ya a fondo, pues cualquier vacilación después nos haría su dorado muy difícil.

Si todos los bordes del mosaico quedan perfectamente marcados, el dorado de rectas y arquillos será perfecto, si no, estamos expuestos a resbalones y sombras inadmisibles que nos dará el oro por el mordiente de la clara de huevo.

La segunda parte del mosaico, denominado parlante, es el proceso igual, nada más que el dibujo, hecho por arquillos, nos dará escenas del contenido de la obra que nosotros hayamos elegido. Esta fase es la de más dificultad, pero la de mayor fantasía.

El mosaico en ambas modalidades debe quedar su color de pieles limpio y esplendoroso, si empleamos engrudo preparado con timol o alumbre.

De todo esto llenaría muchas cuartillas, por la gran luminosidad y belleza que enmarca esta meticulosa y difícil faceta.

El mosaico debe darnos la sensación de un esmalte de Limoges o de una porcelana de Meissen-Sajonia o Sèvres.

Brugalla, en el tomo primero de José M. Passola, *Artesanía de la Piel*, dice escuetamente lo siguiente: «Mosaico, dibujo en colores aplicando recortes de piel noble (marroquín-CAP). Finamente rebajadas con la chifla, perfilando sus bordes en dorado o en gofrado con hierros grabados, arquillos, rectas de simple filete».

VI. El oro en la encuadernación suntuaria

El libro dorado con acierto no es ni más ni menos que una mujer elegantemente vestida, pero que sin joyas de prestancia no llegaría a deslumbrar por mucha belleza que tuviera.

El oro debe ser rutilante y esplendoroso, si se prepara su **adherencia con fijativos que no manchen la piel.**

Hay varias formas de preparado. En París, en el siglo XIX, había grandes maestros que lavaban los chagrín y los marroquines con vinagre, mientras otros lo hacían con orín. Después aplicaban la clara de huevo y a dorar.

Esto, a veces, trae dificultades, según la curtición de la piel y ya se ha abandonado.

Otros, después de marcar el dibujo a fondo, maceraban con engrudo claro por frotación toda la parte del dibujo que iba a dorarse. Pasadas unas horas, volvían a lavar con esponja la parte donde habían dado la primera preparación de engrudo y con un

poco de vinagre blanco volvían a frotar con una esponja donde estaba el dibujo en seco, siempre claro, rebajando el vinagre en la mitad con agua destilada. Mas esto, que era una solución para la fusión del oro con la piel, andando el tiempo florecían pequeñas manchas que afeaban la pulcritud que debe conservar el oro.

El oro, dorado con verdadera maestría, debe quedar tintineando sobre la piel, es el calcular el tiempo debido desde el preparado de la clara en el dibujo, para conseguir una impronta fija y brillante su éxito.

Hay muchas formas de preparar el mordiente para dorar. Yo empleo el siguiente proceso: una clara de huevo sin que caiga la galladura del mismo; una cucharadita de vinagre; dos gotas de glicerina y una brizna de sal. Todo ello, en una taza común, se bate con una espumadera durante tres minutos. Sale una gran espuma, que no debemos retirar. Se tapa bien y al siguiente día, apartando parte de la espuma de su fondo, con un pincelito, vamos preparando las partes que debemos dorar.

La espuma no debe quitarse, pues nos salva del polvo que siempre flota en el aire. Se debe conservar en sitio húmedo y se debe dorar por trozos del dibujo, siempre calculando exactamente el tiempo de la preparación y el calor del hierro.

Cinco hierros preparados serán los que se doren y así, poco a poco, vamos completando los cientos de hierros que puede tener el dibujo del libro.

Si atropelladamente preparamos hierros con clara en demasía, viene el desconcierto, pues exageramos el temple del hierro y sale borroso su dorado y sin vida, por nuestro nerviosismo o precipitación.

En la primera fase del dorado emplearemos doble oro. Más tarde, se repite con el hierro más frío su dorado, teniendo la

observación de la entrada, encaje y presión. Cuando todo está a nuestra satisfacción se da el último toque ya sin oro, pero el hierro más frío. Y hemos terminado si todo salió bien.

El oro en las encuadernaciones, si su dorado es perfecto, subyuga a la vista, y es el imán más atrayente a nuestros sentidos.

VII. Tradición y justificación de encuadernar un libro de arte

Menéndez Pelayo no gustaba gastar dinero en encuadernar, pues decía que importaba más el contenido que el continente. El pobre en esto estaba equivocado, pues millones de ejemplares salvaron su contenido gracias a su continente. El gran escritor José María de Pereda tampoco soportaba con elogios la encuadernación. Y es que la palabreja *encuadernador* se las trae.

En la encuadernación no debe existir el término de tradición. El libro se encuaderna por sublimar su contenido. Es como un enfermo que va al médico.

Para encuadernar un libro hay que tener en cuenta lo siguiente:

Primero. El valor sentimental de su propietario.

Segundo. El valor real del libro.

Tercero. La materia de su contenido.

Cuarto. O el valor literario del libro, su conservación y la estima personal del individuo.

Se cuenta que un gran bibliófilo francés dormía siempre con el *Manon Lescaut*, del abate Prevost, en primera edición, debajo de la almohada.

Los talleres de Sangorski, en Londres, todavía funcionan, y allí, acompañado por el librero Gili, establecido en Oxford treinta años, y en compañía del librero español don Enrique Montero, presenciaron ambos la lección de un español sencillo que les dio a cinco doradores ingleses. La escena ocurrió así:

Serían las once de la mañana y la dueña, una señorita de vein-

tiséis años, más guapa que la Margarita de Fausto, me mostraba los talleres, respetando en todo la antigüedad de aquella famosa casa donde se hicieron las encuadernaciones más bellas para la gran Reina Victoria de Inglaterra.

Al ser presentado a los doradores, mi asombro fue grande al advertir que doraban sentados, tomando café con leche, mientras observé que en un infiernillo tenían como quince hierros en la lumbre. Por medio de Gili les dije que aquello era un disparate, pues los hierros de ese modo se destemplaban, perdiendo por la mordedura del fuego los perfiles de su grabado. La respuesta fue una mueca de desdén, mientras continuaban tomando su taza de café. Pero al ponerse a dorar para que yo lo viera ocurrió lo inesperado. Estaban dorando unos lomos y desde la almohadilla cortaban el oro con un cuchillo y fijaban éste en el lomo, pasándose el dedo índice izquierdo por la nariz para tomar un poco de grasa y llevar el oro con facilidad, daban aceite de nuez al lomo y fijaban el oro.

El oro tomado así es endiabladamente difícil, pues con la distancia de la almohadilla al lomo de los libros, habría setenta centímetros y siempre se les volteaba y quedaba mal fijado, teniendo que volver a tomar nueva tira de oro. Me quedé estupefacto. Entonces le dije a la bella señorita: «Eso es absurdo. Primero, la muñequilla tiene mucho aceite y va oscureciendo la piel.» La respuesta de los doradores fue que «eso se evapora con el tiempo». Respondí que eso sería mancha más acusada cada vez y que, además, mientras sentaran el oro por ese procedimiento a un lomo, en el mismo tiempo yo sentaría cuatro lomos. La señorita no podía explicárselo y entonces le pedí una piel que tuviera un revés blando. En seguida me la dieron. Hice con la tijera una tirita, me la pasé por la frente para tomar un poco de grasa, corté el oro con el cuchillo y los cinco doradores se quedaron boquiabiertos viendo con qué soltura dominaba el oro. Impresionada

la señorita de Sangorski, me dio dos besos y los cinco doradores se pusieron en pie y me abrazaron.

Siguiendo con las pieles he de decir que los ingleses, incluso alguno famoso, introdujeron el uso de una piel que llaman ternera, vaca y becerrillo, por la facilidad de encuadernar los libros, ya que la curtían muy delgada. Esa comodidad resultó un desastre, pues las pieles de ternera y vaca, al estar curtidas con ácidos salicílicos, van quemando la epidermis de la piel y por eso vemos tantas bellas encuadernaciones verdaderamente perdidas por la rotura del cajo. Pero además es porque la epidermis de esas pieles son de menor consistencia que las pieles de cabra.

VIII. Las pieles en la encuadernación

Los grandes maestros, para sus encuadernaciones, siempre han empleado el llamado marroquín (de Marruecos), pues existe un tipo de cabra que en España se descastó en tiempos de Felipe V. Francia, Alemania, Inglaterra, Suecia, etc., compran en crudo en Marruecos y la dan una curtición y granulado maravillosos. La casa Jullien, de París (42 rue Saint Jacques), es una de las de mayor categoría. Su anuncio es: Chèvres du Cap.

Los grandes curtidores maceraban las pieles con corteza de abedul y nunca teñían al bombo, pues el tinte llega hasta el reverso de la piel. De todas formas, yo he empleado pieles de CAP, pero no conozco curtición mejor hecha con colores vegetales que las alemanas. Los ingleses curten esas mismas pieles y las llaman «oasis», dándole una blandura exagerada, un grano blando y una decoloración que espanta. Pero a causa del descarne, el encuadernador trabaja con más comodidad y aunque su tacto es de gran empaque, su resultado es fatal, pues se rozan con la mirada y aun siendo pieles de cabra parecen pieles de cordero, de blandura de chocolate en verano.

Douglas Cockerell & Son (Riversdale, Grantchester-Cambridge, Inglaterra) me regaló una fotografía de la encuadernación hecha para la Reina: «Aristotle's *Metaphysics*», en la piel oasis que cito y no me llenó el ojo.

Los grandes maestros ingleses del siglo XIX, como Lewis, Zaehnsdorf, Sangorski y el gran Riviere (que parece apellido francés), todos emplearon el marroquín-CAP, en primera calidad.

IX. Estuches para proteger la encuadernación.

Es motivo de gran preocupación para el artista, que empleó miles de horas, el asegurar su obra para la posteridad. La luz, el aire, el humo del tabaco, junto con la temperatura, dañarían la belleza de las encuadernaciones. Para eso se hace el estuche. Hay estuches incluso con grandes decoraciones.

El estuche más eficiente es el llamado de «petaca», que va forrado por dentro de terciopelos crudos, o antes en color marfil, con las vistas de la caja exterior de preciosas ágatas inglesas.

Otro tipo de estuche es el que va protegido por una camisa que se ajusta al libro, siendo su interior de antílope, con vivos exteriores de marroquín, adaptando su forma al lomo, significando sus nervios y rotulando dicha camisa, sin dañar el lomo del libro con la presión del título al dorarlo. Además de la camisa, lleva el estuche, donde se acoplará el libro y la camisa.

El tercer tipo de estuche es el común y preceptivo que todos conocemos. Se forran los cartones interiores de seda, terciopelo o antílope. A los vivos del cartón exterior se les pone marroquín del mismo color y calidad que la encuadernación y se procura que, al montar las piezas del estuche, el libro salga con soltura.

X. ¿Por qué no se encuadernan ahora tantos libros?

Se encuadernan ahora más libros que nunca, verdaderas pirámides, todos en serie, muy espectacularmente, pues existen máquinas que diariamente producen en serie hasta 25.000 ejemplares. Esto en Londres, en París, en Suecia, Suiza y España. Hacen pirámides, pero no son encuadernaciones manuales, pues suprimen cajos, tiro de cartones e incluso los materiales son adulterados por productos petrolíferos que, eso sí, dan una gran dureza al uso manual del lector; pero para el hombre de gusto su tacto es de losa sepulcral, en lugar de la encuadernación manual, donde la caricia de las manos del que la hizo dan sensación de tocar la piel más delicada y fina de una bella mujer. Se encuadernan menos libros de gusto artístico. Los grandes bibliófilos, empedernidos defensores del gusto y de la belleza, han ido muriendo en gran parte. Otros, por desgracia, debido a la dureza de la vida, tienen que vender con dolor lo que mimaron tanto tiempo como a sus hijos.

Hay que pensar que en el año 1952 una encuadernación con todas las reglas del arte de encuadernar, provista de estuche de petaca con dorados rutilantes, y vestido como a una mujer pudiera vestir el mejor modisto, costaba de 7.500 a 10.000 pesetas.

Actualmente el oro vale a millón; una piel marroquín-CAP cuesta 17.000 pesetas. De esa piel tienes que emplear su centro, pues las garras o extremidades valen sólo para holandesas y mosaicos.

Hoy no hay ni los clientes que tengan ilusión y dinero o que les conmueva nada, pues los años y la situación sólo les da amargura y su desencanto moral y humano es notorio. Brugalla, que tuvo 49 empleados enseñados con amor por él y con los cuales creó una escuela, tiene actualmente solo uno para entretenerle en repartos, buscar material o llevar cartas al correo. Lo entretiene meses y meses limpiando los hierros, por darle alguna ocupación.

Aquellos tiempos del bilbaíno don Fernando de Gondra, don Domingo Guzmán, don Pedro Portabella, uno de los hombres de más gusto, así como de otros grandes bibliófilos, han pasado seguramente para siempre...

Hoy sostener el tipo cuesta casi siempre dinero. El mecenas de todos los siglos, en la historia del libro y de la encuadernación, será siempre don Bartolomé March Servera, hombre dulce y sencillo que ha regado su dinero protegiendo y animando a Emilio Brugalla, a Roger Devauchelle, Philip Smith, Paul Bonet, Georges Creté, Lucien Martin, Mercher (el encuadernador de Salvador Dalí), Antolín Palomino, Edgar Mansfiel, Bryan Maggs y al alemán Gotthilf Kurz, que no emplea apenas el oro, sino en los letreros, y hace todo con una geometría tan sorprendente que para sí la quisiera Euclides.

XI. Características del bibliófilo

El bibliófilo es un hombre exquisito, que sobre todo adora la belleza y la forma. El verdadero bibliófilo colecciona libros raros de impresiones inmaculadas y de encuadernaciones cuya ejecución reviste las características de una esmeralda de la India. Acaricia las encuadernaciones con cariño paternal y su posesión aparentemente raya en la locura, cuando es una verdadera cordura. Entre éstos pueden contarse el famoso Carlos Nodier, Curmer, el editor del libro romántico más bello que es su *Pablo y Virginia*, París, 1838. Bibliófilo de casta fue Eugenio Paillet, el mejor civilista de Francia en el siglo XIX. Bibliófilos de las más remotas fantasías fueron Didot y el gran encuadernador francés León Gruel. Bibliófilo de campanillas fue el francés Henri Beraldi. Bibliófilo sempiterno y el mejor conocedor del mundo de las encuadernaciones es Martin Breslauer, de Londres, hoy establecido en Nueva York. Y bibliófilo, por donde sus manos tocaron las piezas más

raras y las más bellas encuadernaciones, soy yo, Antolín Palomino, algunas siendo feliz propietario y la mayoría ajenas.

Así podría citar de este tipo de bibliófilos miles y miles. Bibliófilos de cantidades de libros raros, pero exigentes en la belleza de la encuadernación fueron el Cardenal Mazarino, el Marqués de la Cortina, Alfonso V el Magnánimo de Aragón, Bartolomé José Gallardo, el gran poeta gallego Antonio Rey Soto, don Alfonso Hernández Catá, don Luis Bardón Mesa y don Enrique Montero.

Pero el bibliófilo Fernando Colón y todos los bibliófilos juntos, no estarán nunca a la altura del joven Martín Vázquez de Arce, muerto por una ballesta, que en la Catedral de Sigüenza, en su esbelta figura funeraria, lleva siglos con un grueso volumen entre sus manos. Ese es el ejemplo más grandioso del amor a los libros y, por tanto, mayor bibliófilo que el gran Canciller de Inglaterra Ricardo de Bury, que tampoco fue manco, pues llegó a comparar los libros con los Vasos Sagrados. Hay otro gran señor, admirador del Arte de la encuadernación y su contenido de raro texto, infatigable lector aun a pesar del esfuerzo visual, por la dolencia de sus ojos, valiéndose de lupas de todos los tamaños, es el excelentísimo señor don Enrique Tierno Galván, que es otro Martín Vázquez de Arce, que pocas veces suelta algún libro de sus manos, leyendo y tomando notas con un cariño de inefable grandeza espiritual... acariciando la encuadernación con sus manos y con el corazón cerca.

Todos los reyes de Francia, Luis XI, Carlos IX, Francisco I, Enrique II, Enrique III, etc., hasta Luis XVI, María Antonieta, Diana de Poitiers, la Pompadur, etc., fueron grandes bibliófilos y protectores de los grandes maestros y medianos artesanos del Arte más NOBILISIMO para ellos, que era la ENCUADERNACION.

XII. Papeles pintados

Los papeles pintados es la resolución más grandiosa y bella de las fases de la encuadernación. Empieza su empleo en el siglo XVII en Italia y Alemania.

Sólo se ponía el papel pintado en el frontal de la contratapa de la encuadernación. Se empleaban anilinas reforzadas con colas destiladas y engrudo de harina. Hay que reconocer que su origen era toscano. Avanzó esa modalidad, se idearon los peines para el baño, los colores se fijaban con hiel de buey, se provó con el tragacanto, se emplearon ceras hervidas y cada país fue dando papeles que eran verdaderos arco iris. Quizá Italia en esto fuera la más fecunda, hasta finales del siglo XVIII.

El Japón sacó su modalidad con tintas bellísimas y con trozos de patata que grababan dibujos absurdos, mojando en esponjas impregnadas de distinto color, repetían sobre el papel la impronta del dibujo que llevaba la patata.

En Italia llegaron hasta hacer guardas con oro fino, por procedimientos de calco en los que figuraban emperadores, sabios, etc., y todo ello ribeteado con motivos pompeyanos.

En Inglaterra hacían los papeles magistralmente, llamados «de pluma de pavo real» y eran los más finos que en el siglo XVIII se produjeron para mi gusto.

En España se hacían los papeles tan bonitos con hiel de buey y el corte al baño, como hoy podemos ver en el *Quijote* de la Academia, de Ybarra, de 1780 con guardas de la época que admiran y dan que pensar.

Pero Francia toma su creación y su maestría. Fue y es tan variada que contra ellos no puede competir nadie en el mundo.

Por si fuera poco, Lortic, en París, en 1840, impone la modalidad en las grandes encuadernaciones de guardas de peine dobles.

Siguen en el mundo los procedimientos de papeles pintados y sale un inglés llamado Cockerell, establecido en Riversdale, Grantchestes-Cambridge (Inglaterra), que ha hecho, a mi gusto, los papeles más bellos del mundo.

Pero un buen día Antolín Palomino Olalla, de Madrid, recibe una carta fechada en Londres, el 24 de febrero de 1973, de una de las más famosas editoriales, Steading, donde dice en castellano:

«Distinguido señor: Soy coleccionista de papeles y estoy admirada de uno suyo.

Los que pinta Cockerel los encuentro demasiado controlados por los peines.

Espero su envío y usted pone el precio que quiera.

Salúdale con mucho agradecimiento

TALIANA SCHMOLLER

Emilio Brugalla ya dice que Antolín Palomino pinta papeles por procedimientos desconocidos.

En el año 1968, por encargo de don Bartolomé March, se le mandan a Barcelona para que respete las encuadernaciones de las primeras ediciones de Goya: *La Tauromaquia*, *Los Caprichos*, *Los Desastres de la Guerra* y *Los Proverbios*. Brugalla hace los estuches maravillosos y restaura alguna encuadernación, pero cuando va a poner los papeles con las letras doradas, compra en Bélgica a un artista varios pliegos con destino a los estuches de Goya, que le costaron una fortuna. Cuando tiene puestos ya los papeles belgas, se me ocurrió mandarle quince pliegos pintados al engrudo con alumbre. Se quedó entusiasmado y me llamó por teléfono diciéndome: «Antolín, tus papeles los han pintado los ángeles.

Ahora mi hermano Pepe está quitando de los libros los papeles de Goya para don Bartolomé, que los importé de Bélgica de un famoso artista. Yo pongo los tuyos, a pesar del trabajo.»

Llegaron los ejemplares a casa de don Bartolomé y lo primero que preguntó fue que de dónde salieron esos papeles. La contestación de Brugalla: «Los pintó y me los regaló Palomino.»

Hoy se hacen grandes imitaciones de los papeles pintados, por procedimientos mecánicos de imprenta y, naturalmente, no tienen la belleza de los originales, pero son de mayor economía.

ANTOLÍN PALOMINO

SEMBLANZA POR EMILIO BRUGALLA TURMO

BARCELONA

Antolín Palomino Olalla

Artífice encuadernador de Madrid, de quien hemos hablado en otras ocasiones, tiene un largo historial, por cuyos méritos profesionales en 1980 el Alcalde de Madrid, don Enrique Tierno Galván, le impuso la medalla al Mérito Artístico que le concedió la Cámara de Comercio e Industria, engrosando el número de sus muchas condecoraciones. Pero no es admirado solamente por sus encuadernaciones suntuosas que han hecho la delicia de los bibliófilos españoles y extranjeros, por sus papeles pintados y por su erudición sobre bibliografía y honduras numismáticas, sino también por su facilidad de expresión en sus escritos y por su caligrafía precedida de románticas cabeceras en el papel de sus misivas. Palomino no escribe con plumas de ave bien cortadas, pero lo parece. En su varia correspondencia epistolar se mantiene fiel al respeto que impone la escritura manuscrita que prodiga generosamente con rasgos de pendolista.

Sus amigos, los más humildes, así como los más encumbrados, han sido, llegada la ocasión, obsequiados con la finura de sus escritos de puño y letra, salpicados de refranes y picantes giros literarios, así como subrayando sus pensamientos con renglones multicolores que alterna con el tinte negro dominante de la redacción. El verde, el azul y el rojo expresan artísticamente su esperanza, su ilusión y sus afirmaciones.

Antolín Palomino, de origen humildísimo, nació en Fuentenebro (Burgos) en 1909. Su pequeño taller, de incalculable valor material

y espiritual del que tanto se ha hablado, se encuentra hoy custodiado, después de varias gestiones y sin la menor publicidad, en la sección de encuadernación de Artes Gráficas Municipales, departamento que organizó Francisco Matallanos, su antiguo director, hoy jubilado. En este nuevo aposento sigue Palomino trabajando a ratos y produciendo nuevas maravillas. Los encuadernadores del mañana tendrán presente su virtuosismo y su valer. En las vitrinas de honor se han alineado sus «hierros» y «ruedas» (muchas de ellas de dibujo original), que hablan tácitamente de su fe, de su inteligencia y de su amor al oficio que tanto dignificó.

EMILIO BRUGALLA,

De la R. A. de Ciencia y Arte de Barcelona

**Encuadernaciones
y
Papeles Pintados**

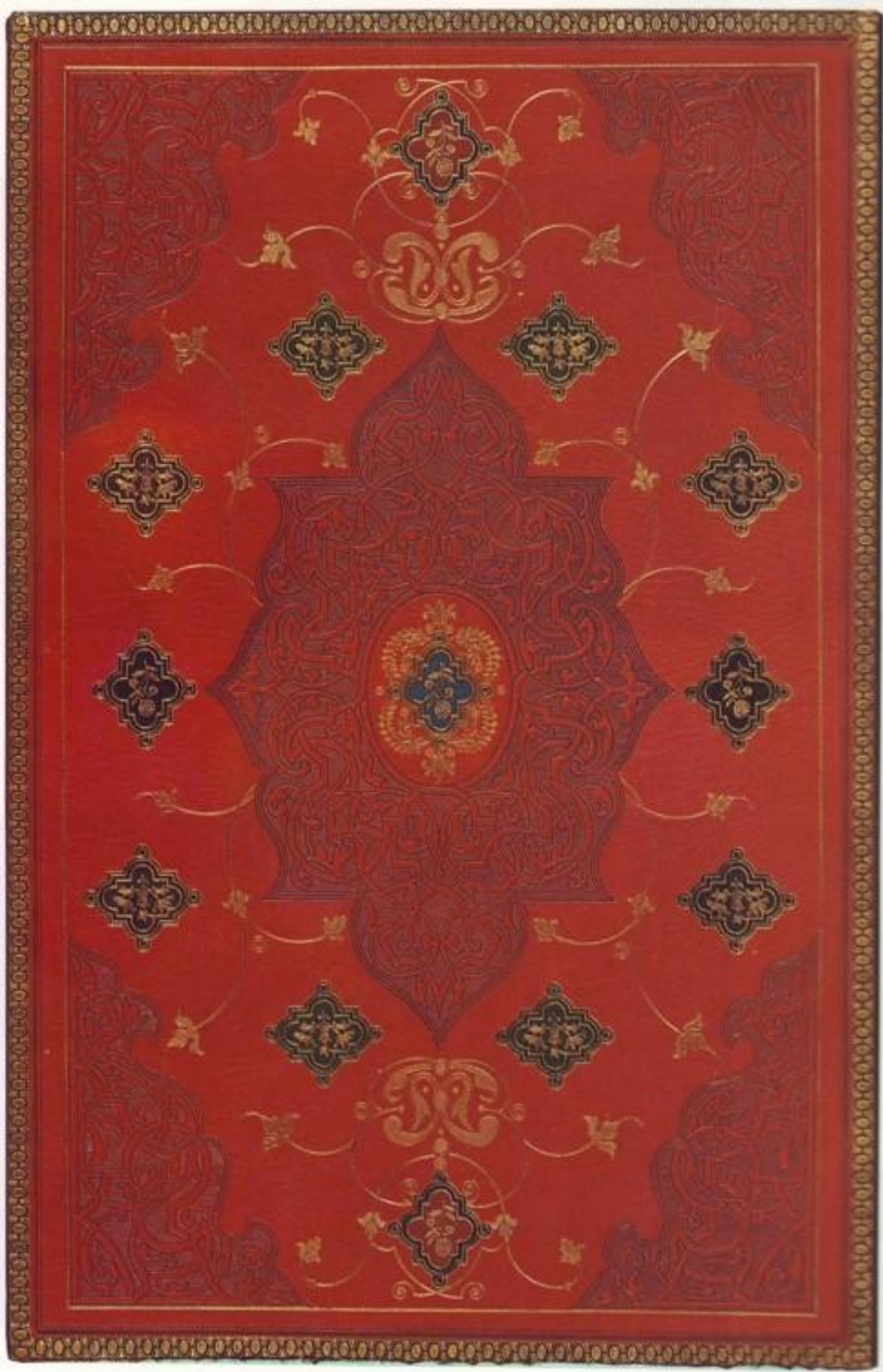
CHARLES ESTIENNE:

“DE DISSECTIONE PARTIUM CORPORIS HUMANI”

Paris, 1545

Célebre impresión de SIMON COLINGES, que junto con GOFREDO TORY dieron fama y esplendor a la Imprenta en Francia en el siglo XVI.

Encuadernación en marroquin marrón con guarda interior de piel “oasis” color salmón claro. Gran motivo central y esquinazos con hierros “AZURES” muy en boga en el siglo XVI en Francia y Alemania. En Amberes fueron empleados en el BLEU sobre pergamino. La encuadernación interior está enriquecida con hierros y arquillos en mosaico.



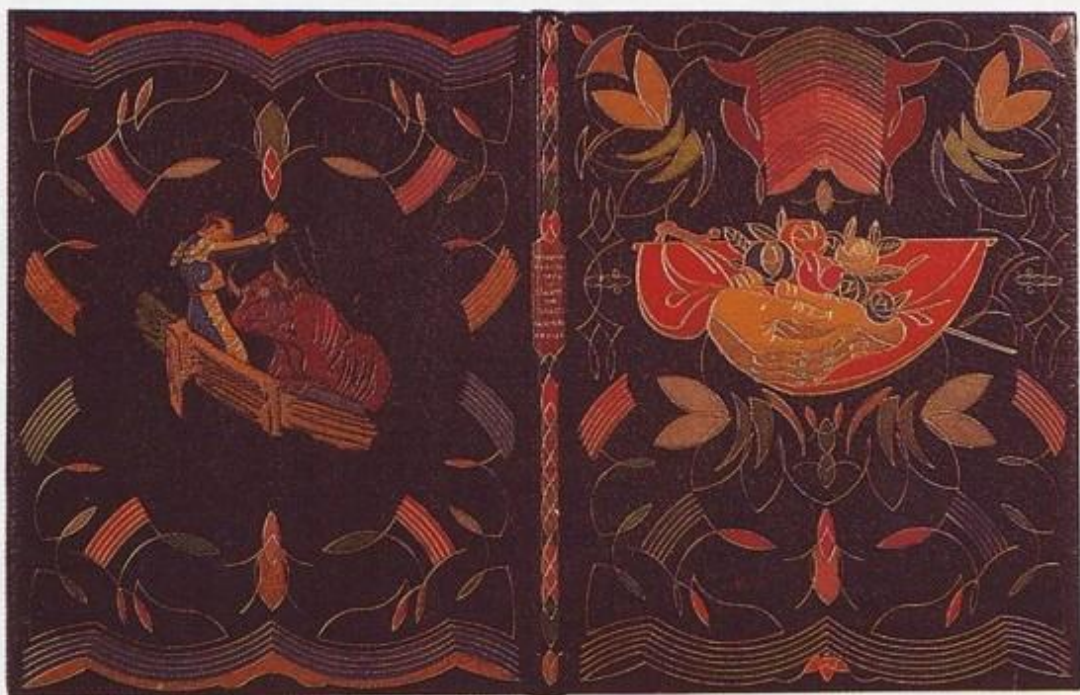
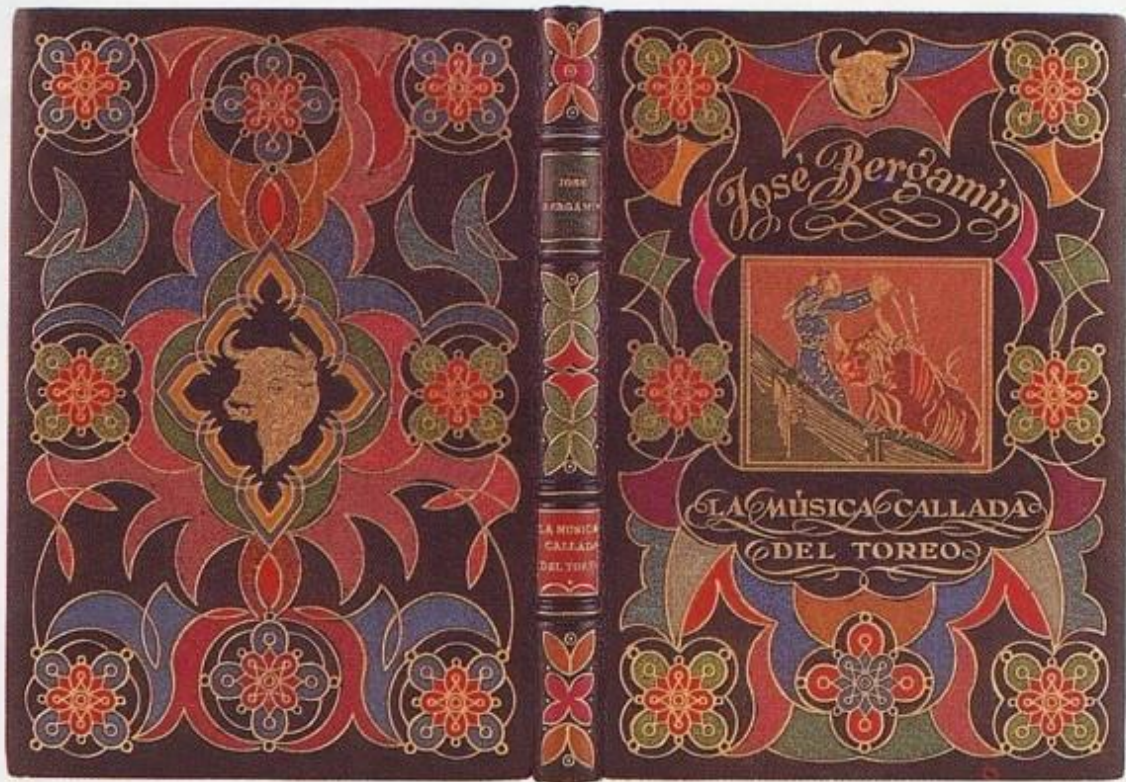
JOSE BERGAMIN

· Encuadernación en piel negra “oasis” con mosaicos a simples arquillos. Hierros especiales sobre motivos de toros.

FEDERICO GARCIA LORCA

Encuadernación en piel negra “oasis”. Mosaicos perfilados con arquillos. Todo el trazado del dibujo significa el constante movimiento del torero sobre la arena.

Interior doblado en marroquín claro, con 82 listones de mosaico, perfilados con la rueda de dos hilos.

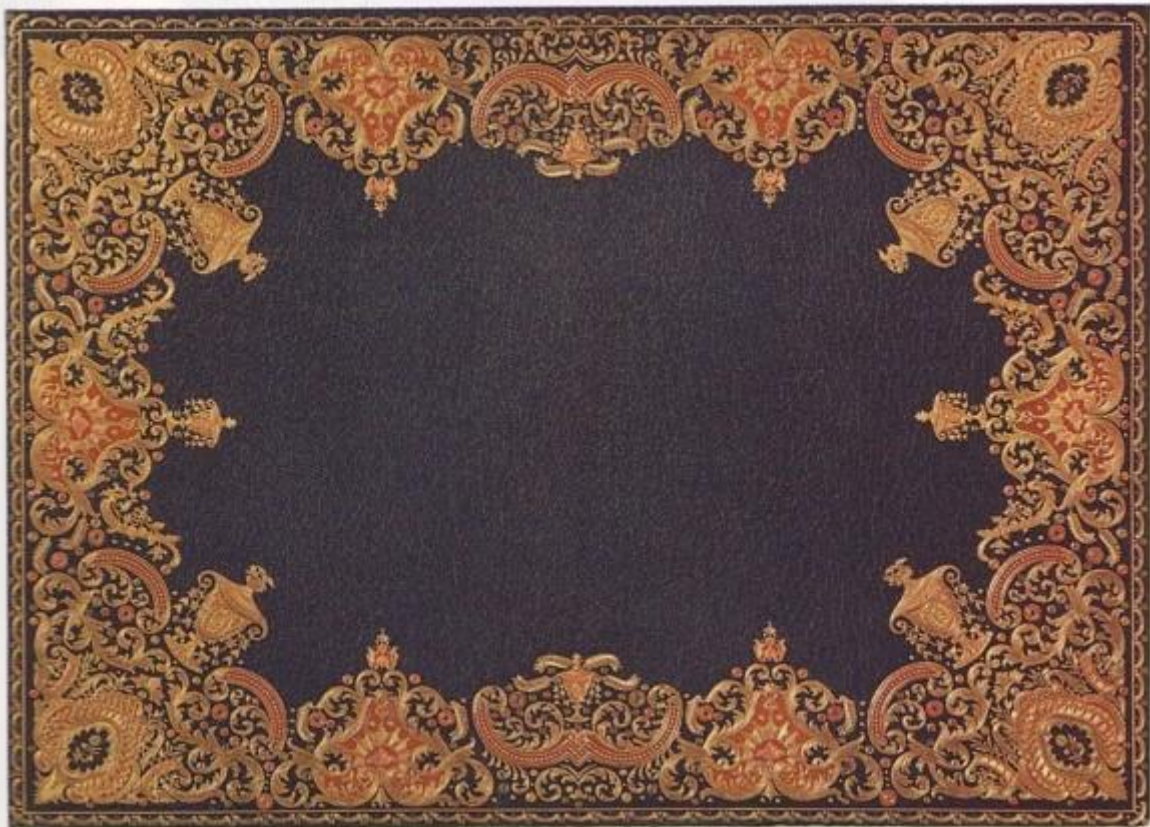


INTERIOR DE CARPETA DE ESCRITORIO

Decorada con hierros del siglo XVIII y mosaicos de varios colores. Tamaño de la carpeta: 52 × 38 centímetros. Orla interior caligráfica, dorada con un punzón de punto.

EXTERIOR DE CARPETA DE ESCRITORIO

Decorada con hierros del siglo XVIII por procedimientos de planchas sueltas. Gran cantidad de hierros a mano enriquecen la decoración.



INTERIOR DE CARPETA

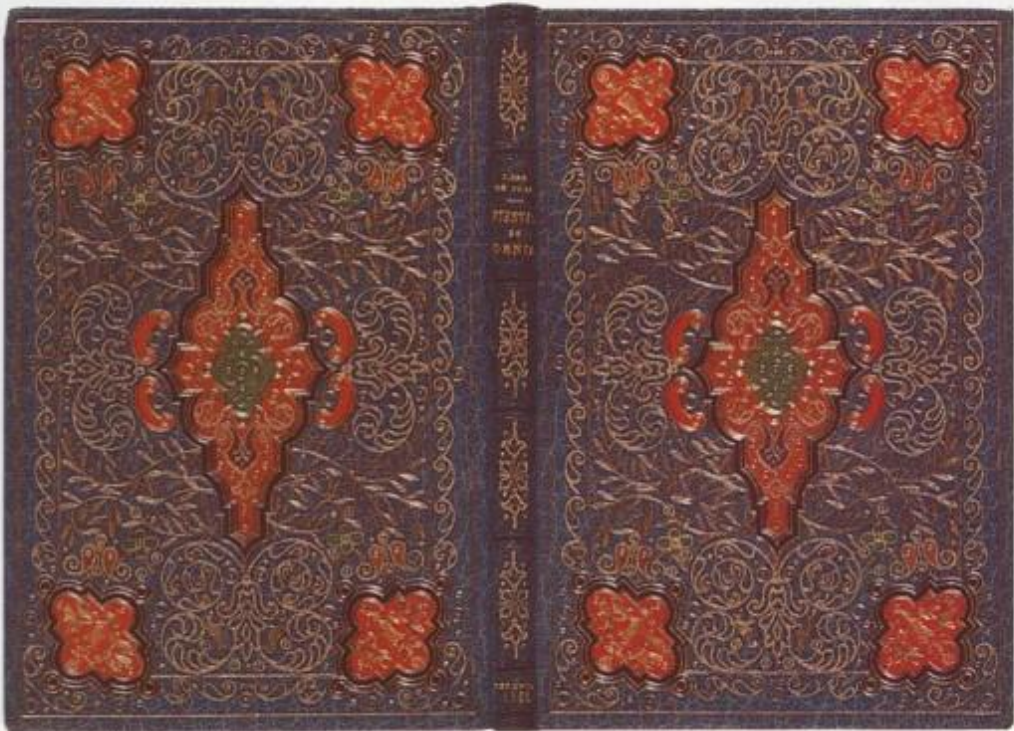
Fantaseada su decoración con hierros de mosaico a prensa y a mano. Grandes mosaicos en seco o gofrado, todo en un carácter típico del siglo XVIII, aunque sus esquinazos grandes fueran características de las encuadernaciones románticas del siglo XIX. Tamaño: 52 × 38 centímetros.

LOPE DE VEGA:

"FIESTAS DE DENIA"

Valencia, 1699 (obra muy rara)

Encuadernación en piel marroquí azul, con mosaicos de varios colores. Decoración con hierros "LE GASCON". Todo engarzado de volutas.



FEDERICO GARCIA LORCA:

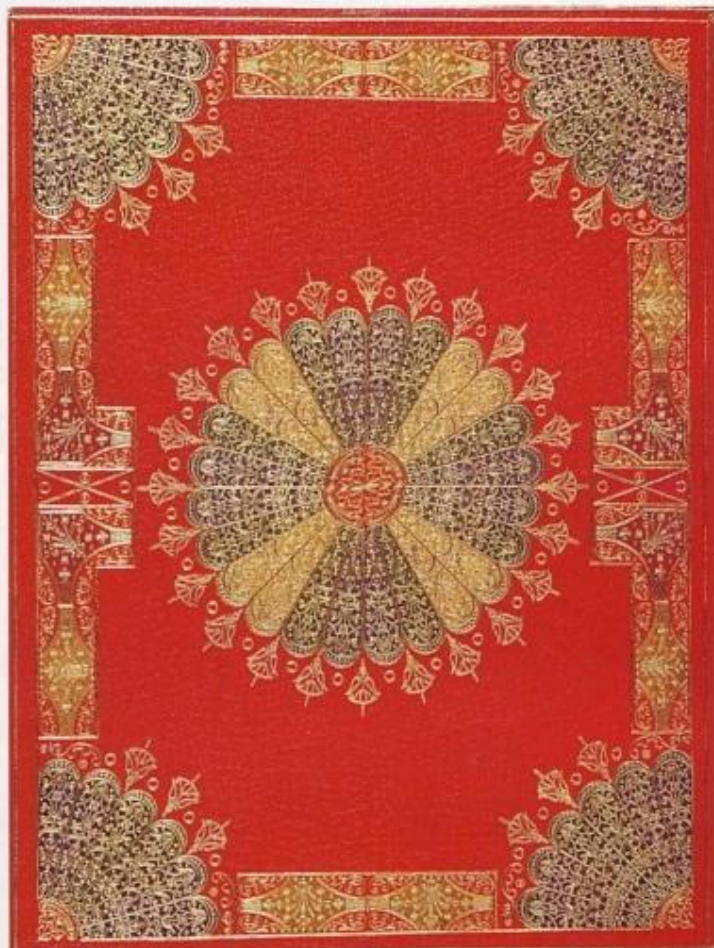
"ROMANCERO GITANO"

Piel "oasis" negra. Decoración en mosaico con la silueta del Guardia Civil y emblemas alusivos a la tierra andaluza, etc...

ENRIQUE LARRETA:

"LA GLORIA DE DON RAMIRO"

Interior en marroquín rojo, con hierros de tipo abanico, en mosaicos de varios colores. Varios hierros del siglo XVII y pequeños toques con hierros del XVII de los llamados "LE GASCON".



JUAN RAMON JIMENEZ:

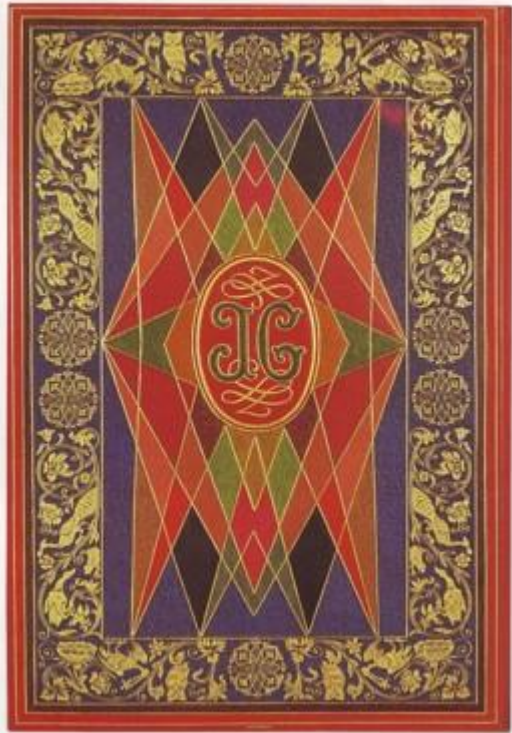
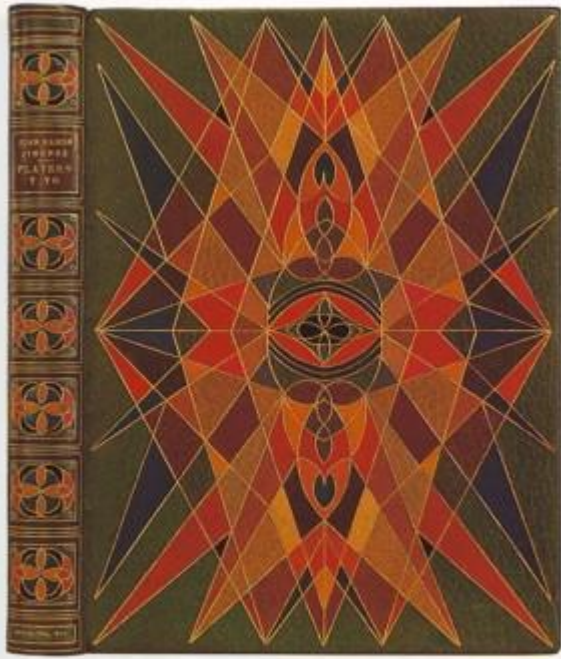
"PLATERO Y YO". Ilustraciones de MONPOU

Barcelona, Gustavo Gili, 1947

Encuadernación en marroquín verde con mosaicos fantaseados en varios colores. Dibujos geométricos. Interior y exterior guardan la misma decoración.

"A RECORD OF TRAVELS IN ARIZONA AND CALIFORNIA"

Encuadernación en marroquín rojo con decoración geométrica en mosaico. En el centro, escudo de Felipe V, que va en la obra. Decoración interior con motivos del siglo XVIII y dibujos geométricos en el centro, con mosaicos-iniciales del propietario en el centro.



**PAPEL PINTADO AL ENGRUDO TITULADO
"MONTSERRAT"**



REMARQUE
“SIN NOVEDAD EN EL FRENTE”
Pintado al baño

AZORIN:
“CASTILLA”
Pintado al engrudo



EL JARDIN DE LAS CARICIAS

Pintado al engrudo. Madrid, 1968



FEDERICO GARCIA LORCA:

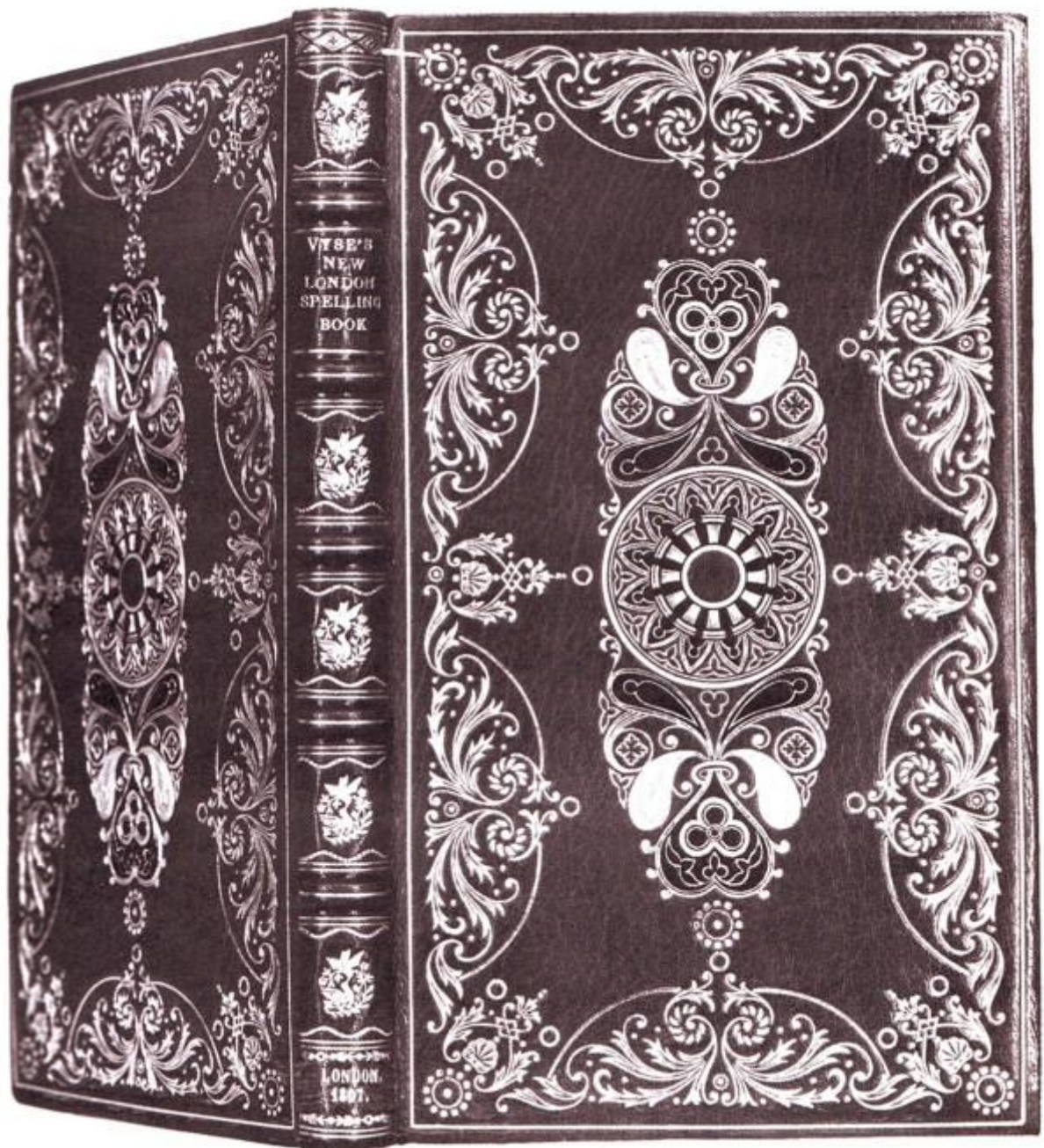
“UN POETA EN NUEVA YORK”

Pintado al engrudo. 70 × 100



**ENCUADERNACION ROMANTICA CON APLICACION
DE VARIOS HIERROS**

Marroquin

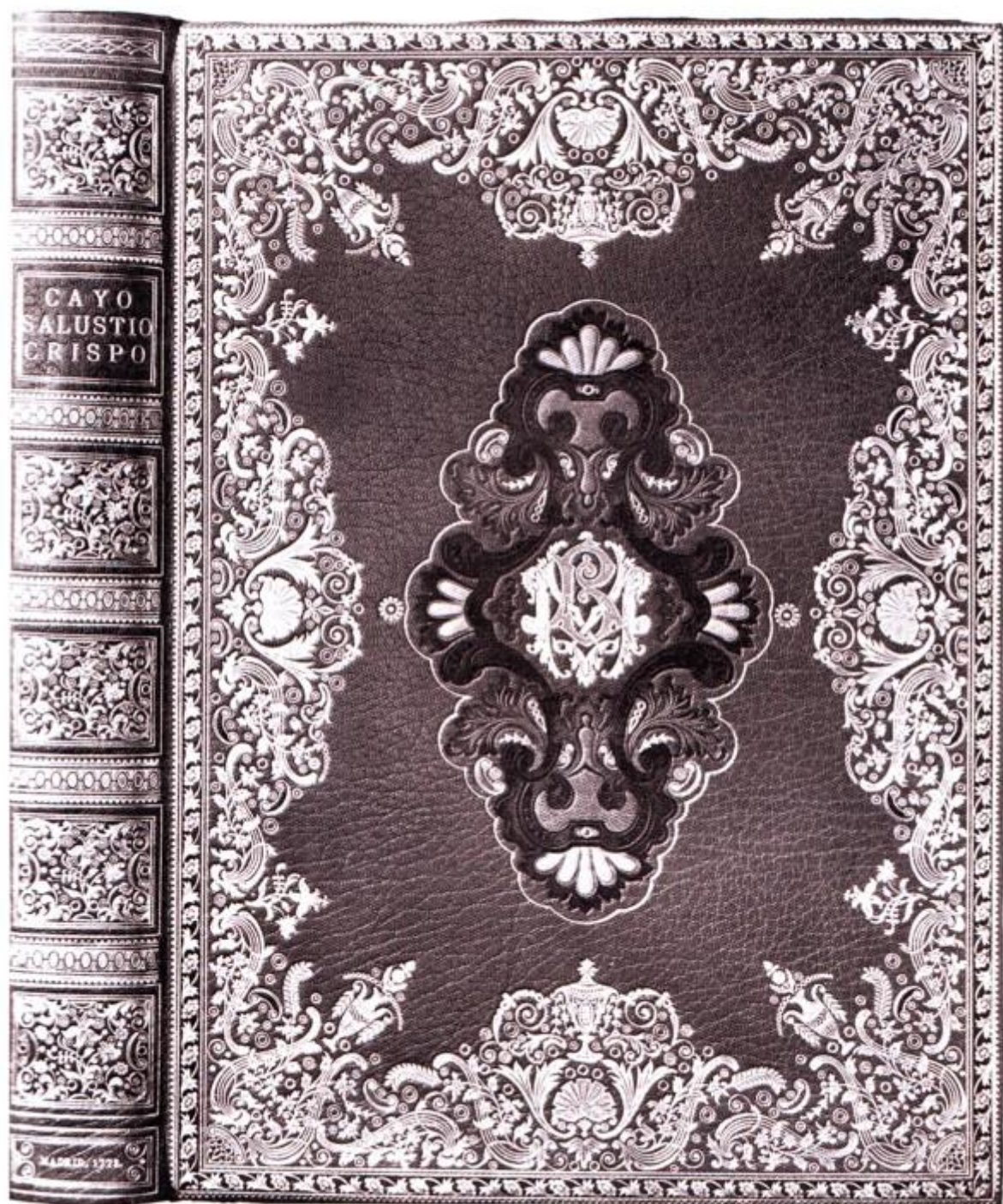


VYSE'S
NEW
LONDON
SPELLING
BOOK

LONDON
1807.

SALUSTIO. IBARRA, 1772

Encuadernación en marroquin rojo con decoración del siglo XVIII. Motivo central en mosaico.



GUARDA DEL SALUSTIO DE IBARRA

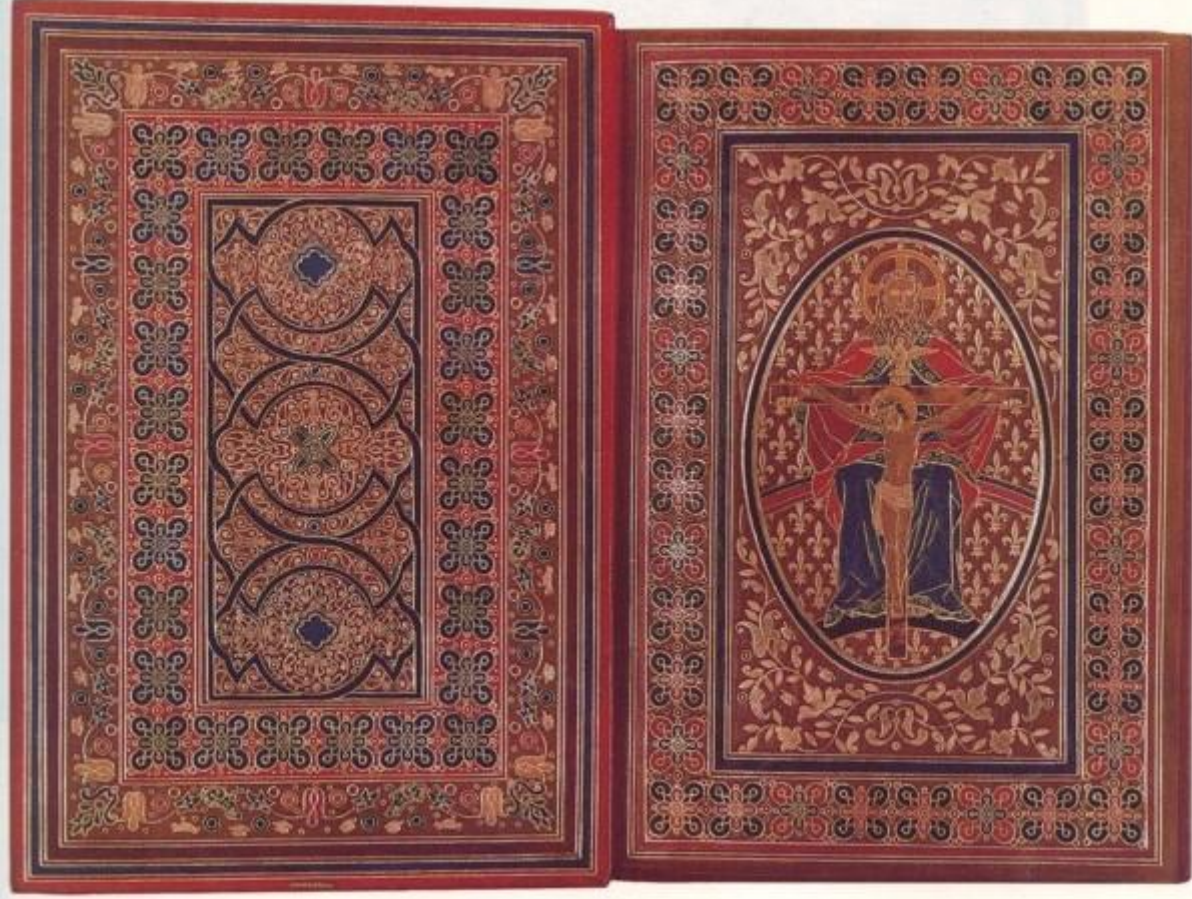
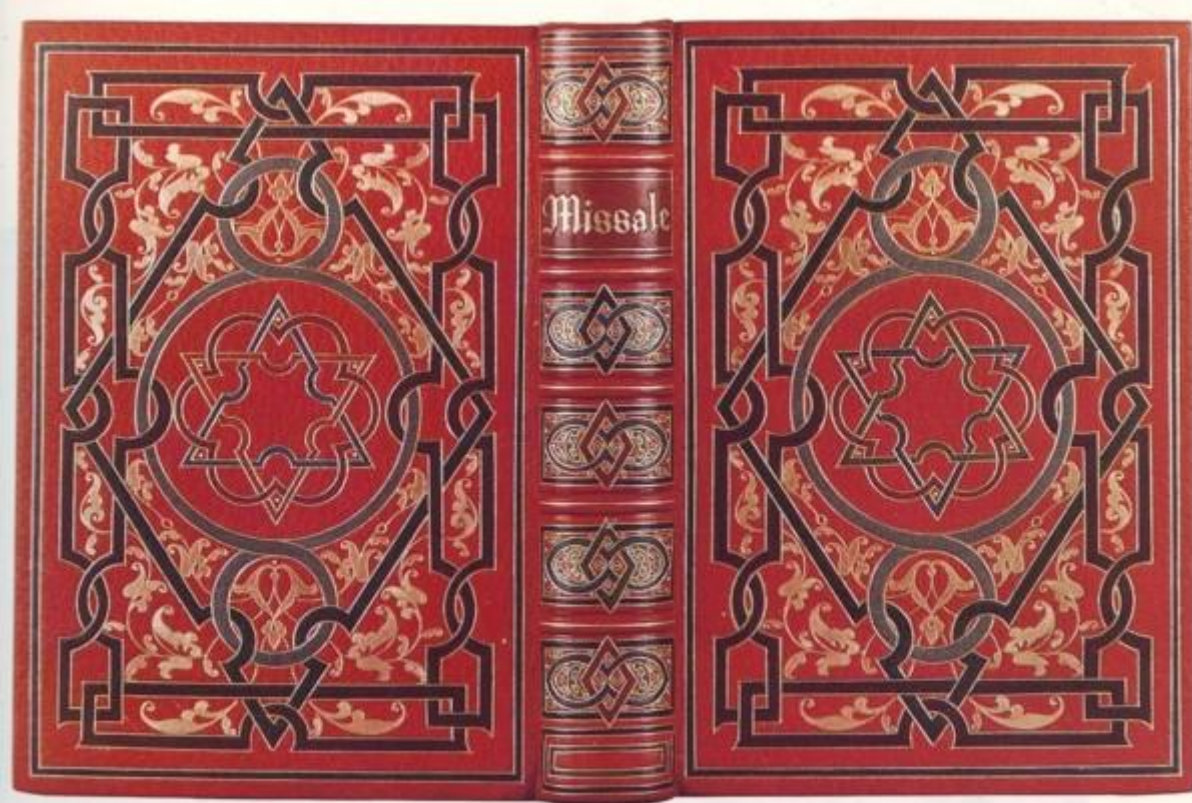
Madrid, 1772

En marroquin azul. Toda la guarda dorada con hierros sueltos. En el centro, pergamino alemán de ternera, sin sangrar las venas del animal. Motivo central: jarrón estampado en oro.



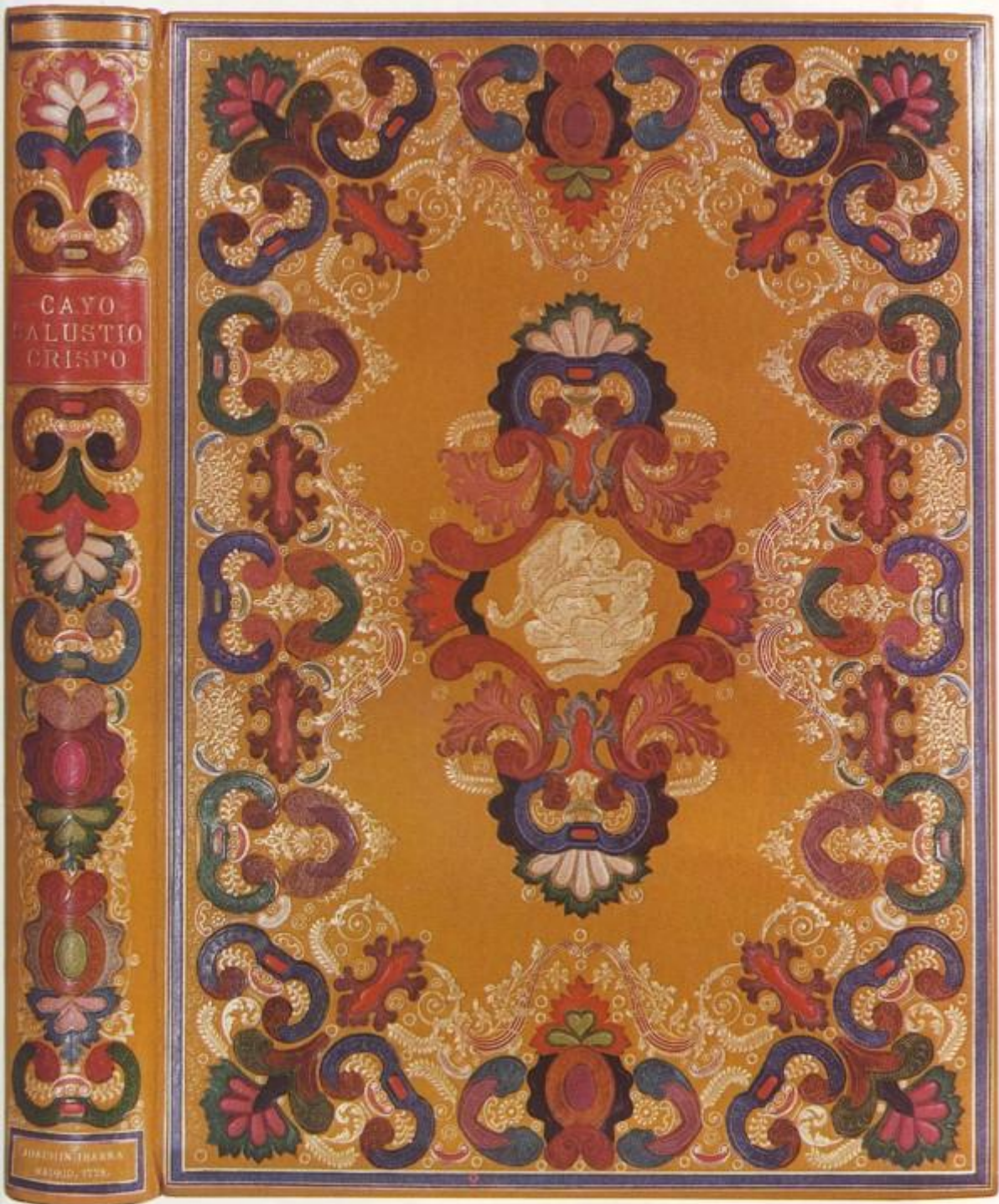
LIBRO DE HORAS O MISSALE

Encuadernado en marroquín rojo con decoración a mano tipo GROUER en mosaico. Interior en marroquín salmón con decoración fantaseada a pequeños hierros, pobladas ambas tapas de mosaicos variados.



SALUSTIO. IBARRA, 1772

Encuadernación en marroquín amarillo. Decoración con hierros del siglo XVIII en mosaicos de varios colores. Hierros dorados de Sancha y motivo central de Remo y Rómulo comentado en la obra.



CAYO
CALUSTIO
CRISPO

JUAN DE THARRA
MADRID 1729

SALUSTIO. IBARRA, 1772

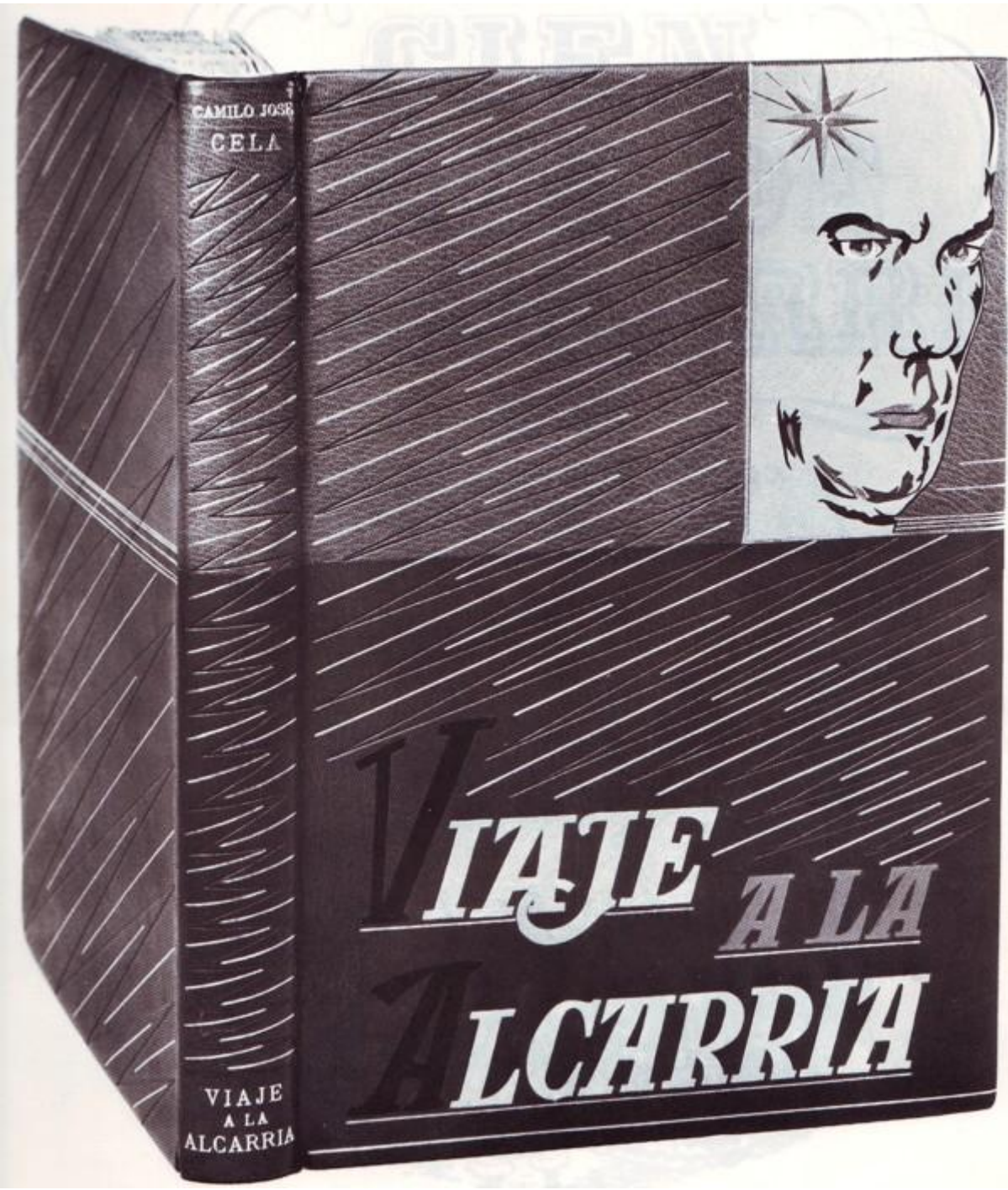
Guarda en marroquín azul, mosaicos y riqueza decorativa con motivos de Sancha. Jarrón central del siglo XVIII.



CAMILO JOSE CELA:

“VIAJE A LA ALCARRIA”

Marroquín en dos colores. Mosaico en la cabeza de Cela sin perfilar. Las rayas significan los caminos y sus andanzas. Yo le puse al dueño, Cela: **NADIE TE HIZO A TI UN RETRATO, NI MAS FIEL NI MAS BARATO.**



CAMILO JOSÉ
CELA

VIAJE A LA
ALCARRIA

VIAJE
A LA
ALCARRIA

**OBRA DEL CENTENARIO. PROYECTO DE AGUSTIN
BLANCOVARAS**

Se hicieron varios ejemplares para ministros y personalidades en piel con mosaico. Los demás, en tela sajona cruda estampados a varios colores.

**CIEN
AÑOS DE
FERROCARRIL
EN
ESPAÑA**



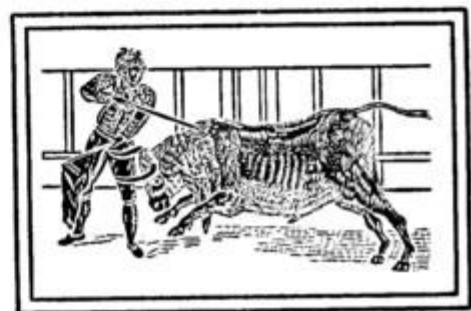
*DIBUJO de
Don Agustin BLANCOVARAS*

ALGUNOS HIERROS USADOS

POR

ANTOLIN PALOMINO

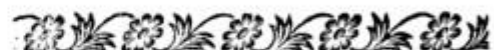
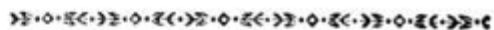
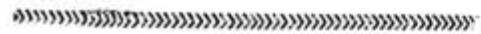


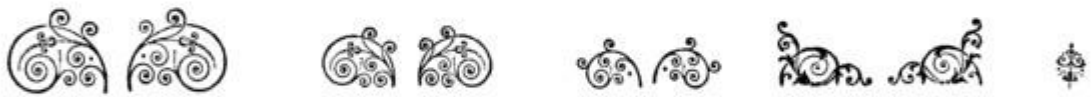
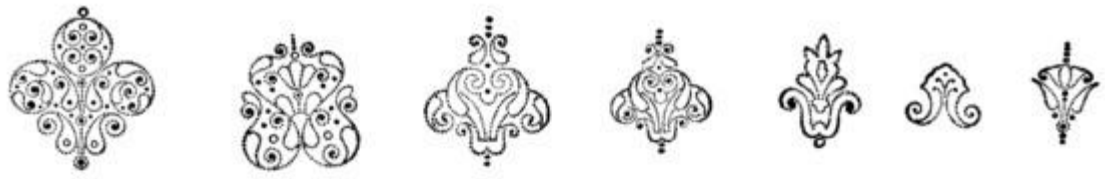




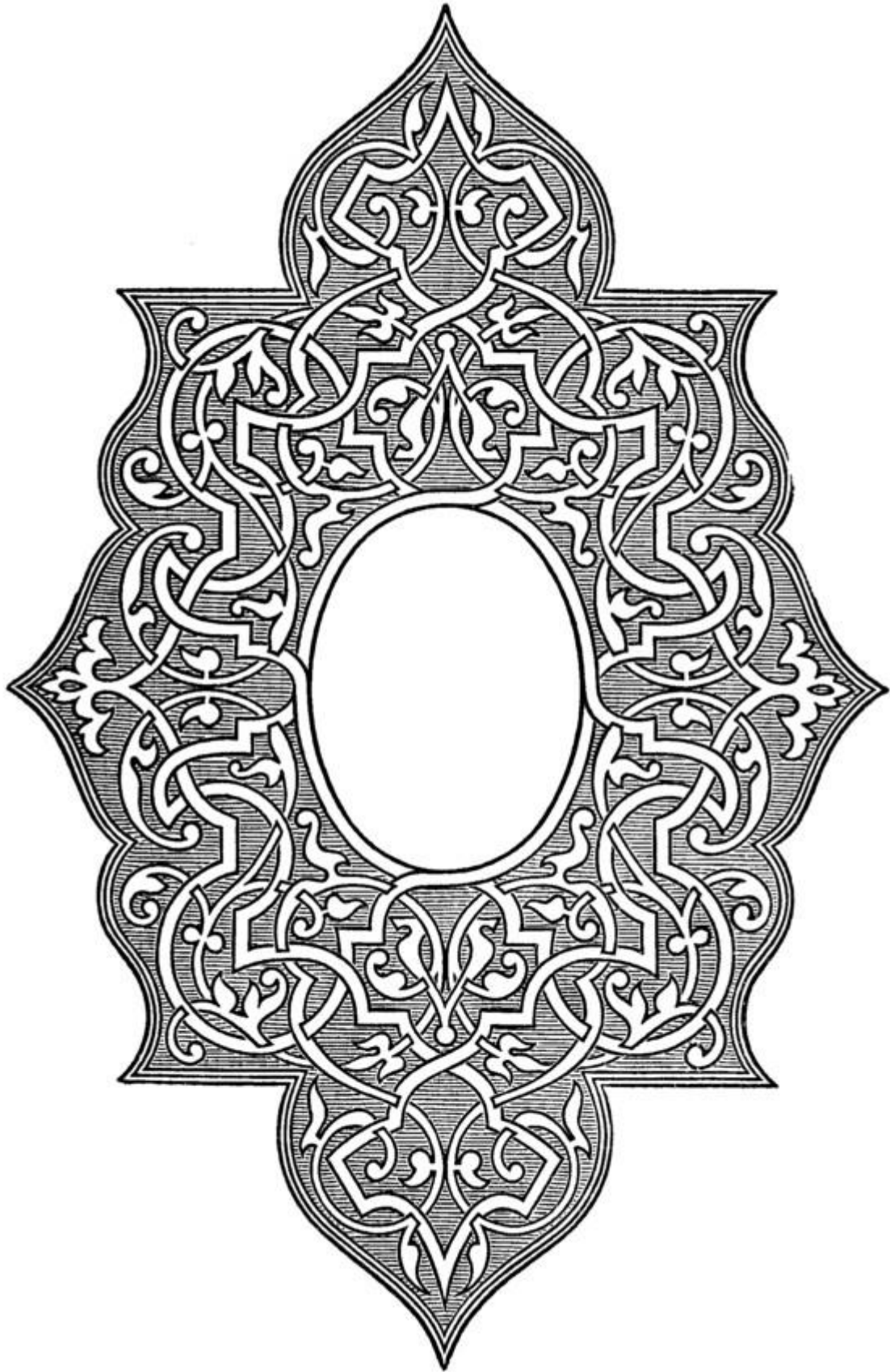


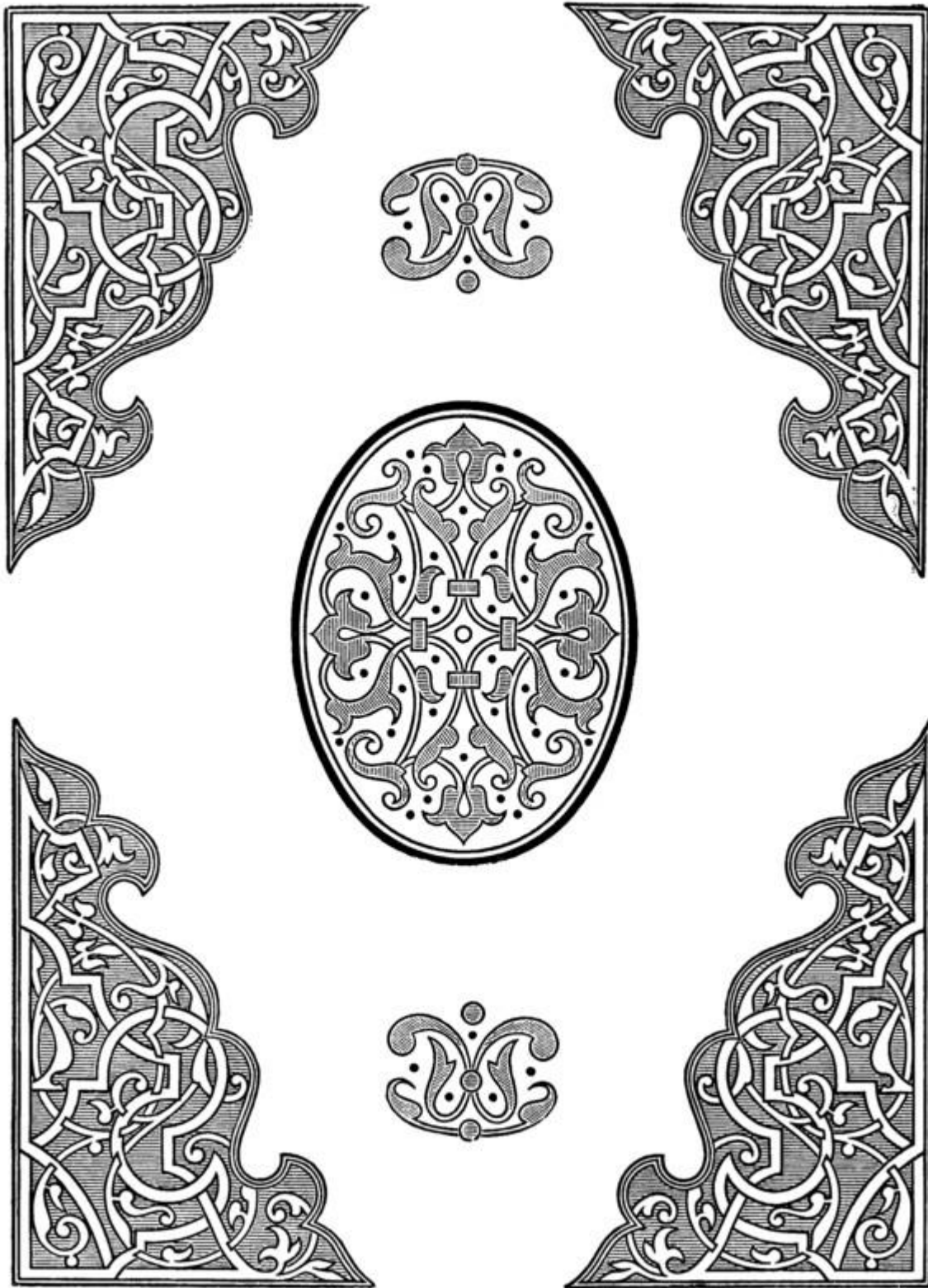














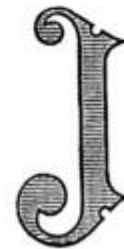






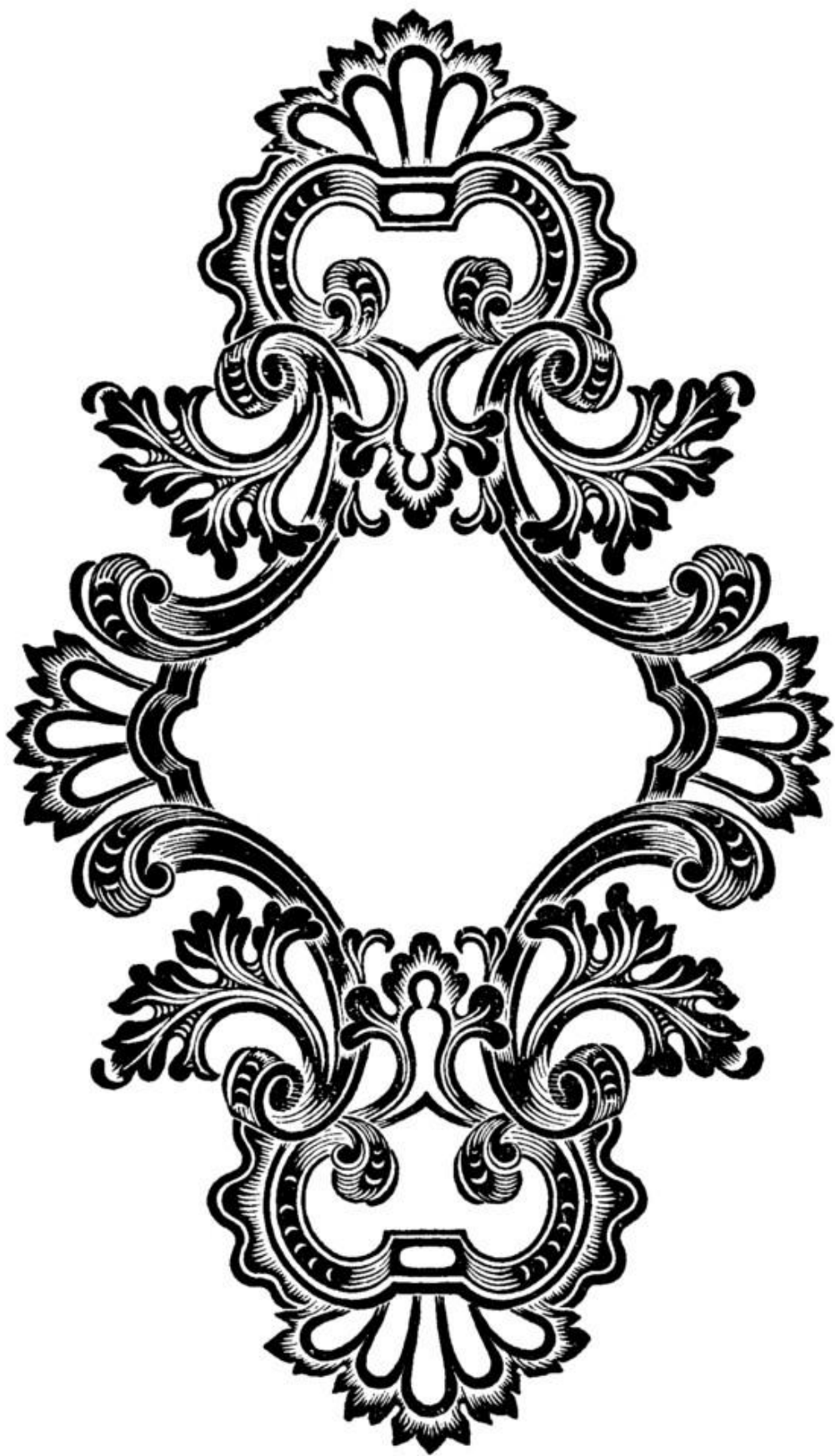


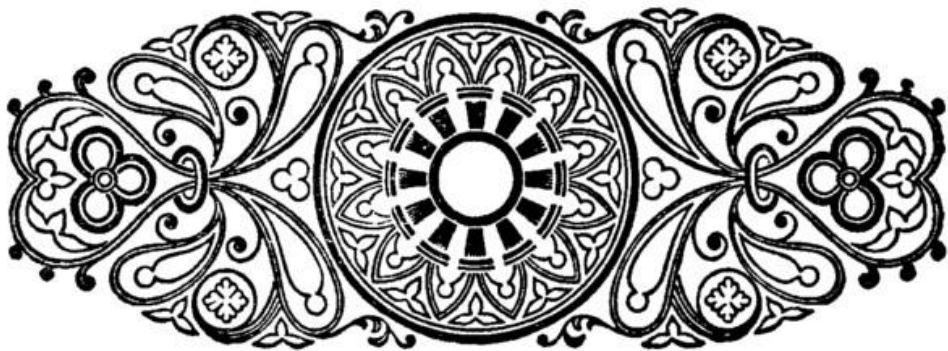
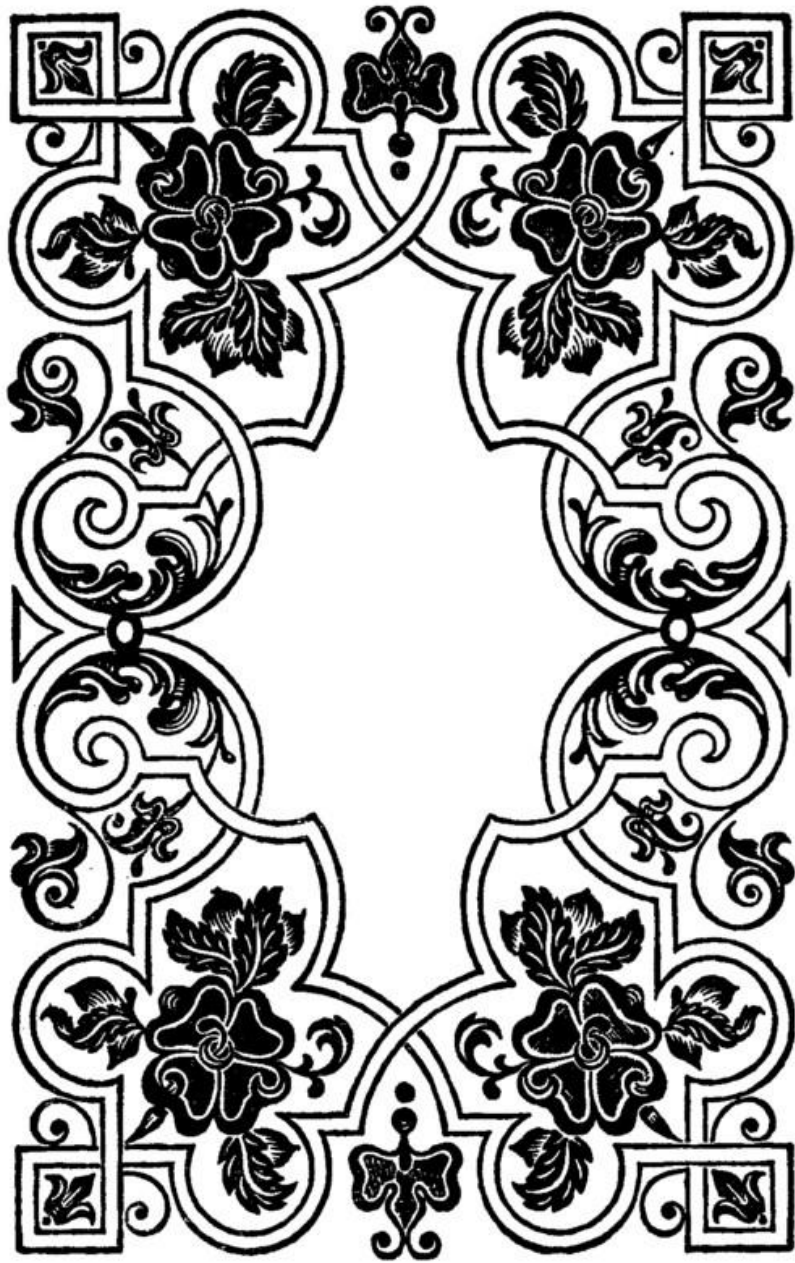


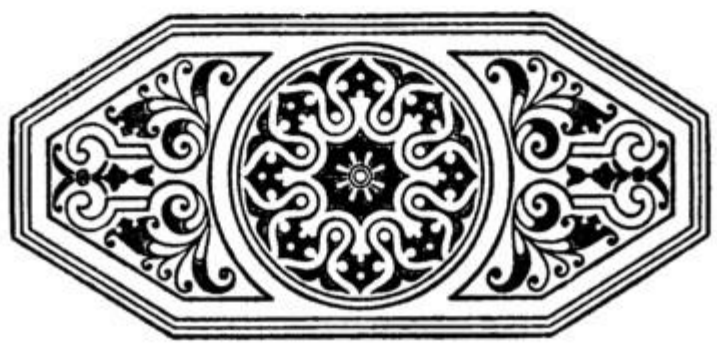






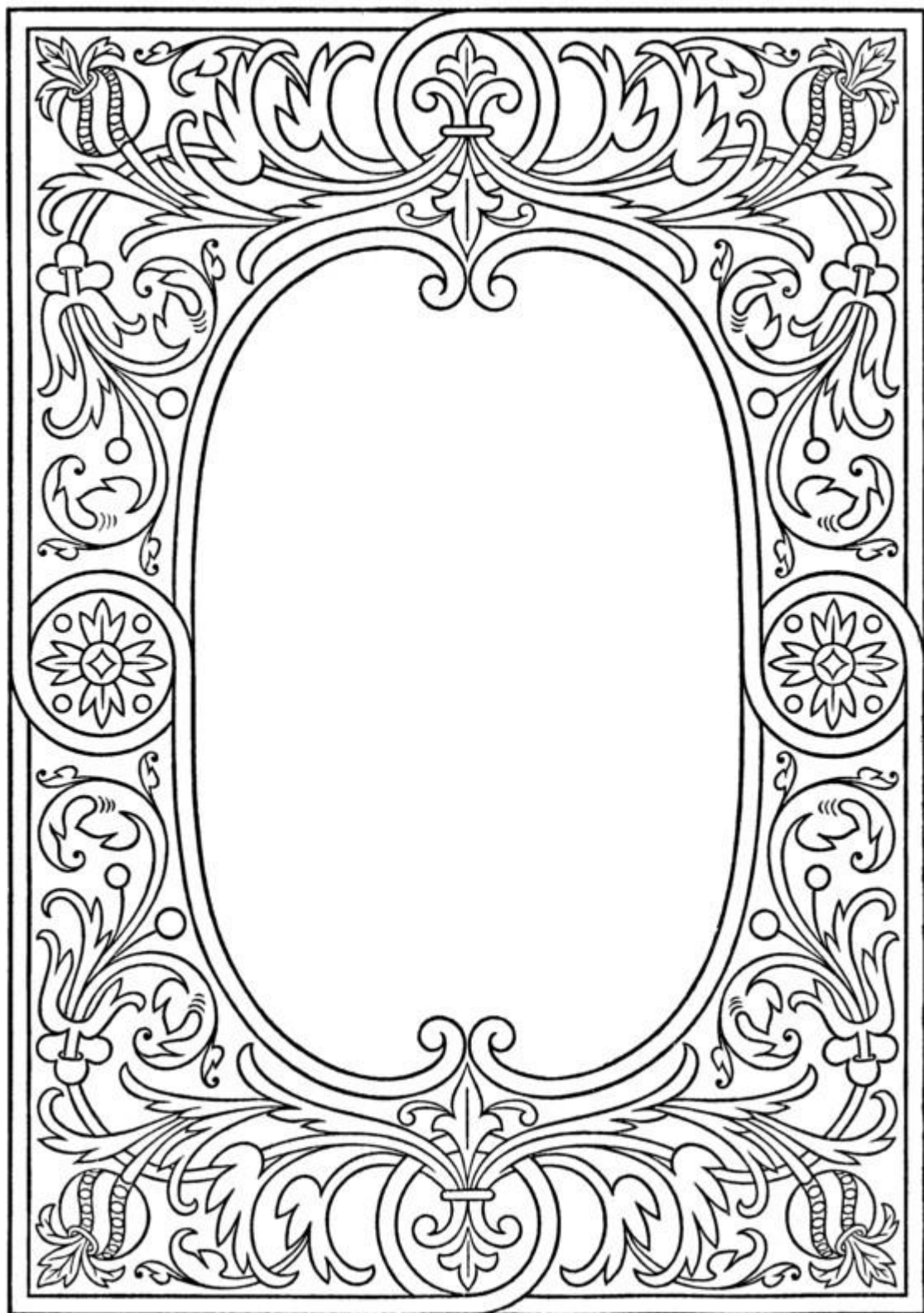












CONDECORACIONES
CONCEDIDAS A
ANTOLIN PALOMINO OLALLA



*Segunda Medalla en la Exposición Nacional de Artes
Decorativas.*

Día 9 de agosto de 1949

Cruz de Caballero de Isabel la Católica.

Día 6 de febrero de 1959

Encomienda al Mérito Civil.

Día 7 de enero de 1965

Encomienda de Isabel la Católica.

Día 18 de marzo de 1968

Medalla de Oro del Trabajo.

Día 15 de julio de 1975

Medalla de Oro al Mérito en la Artesanía, del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid y la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.

Día 10 de julio de 1980

Medalla de Oro de Bellas Artes.

Día 11 de Octubre de 1986

TERMINOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN LA IMPRENTA
ARTESANAL DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID, CON
LA COLABORACION DE LA IMPRENTA MUNI-
CIPAL, EL DIA 6 DE ENERO DE 1987,
FESTIVIDAD DE LOS SANTOS REYES
MAGOS, SIENDO SU GERENTE
DON LICINIO SERRANO
VALLADARES

